¿VOS ME QUERÉS A MÍ?

ROMINA PAULA

_novela

entropía

Foto: Germán Paula

Romina Paula (Buenos Aires, 1979)
¿Vos me querés a mí? es su primera novela.

Romina Paula

¿VOS ME QUERÉS A MÍ?

Editorial Entropía
Buenos Aires

CDD A863
PAU

Paula, Romina
¿Vos me querés a mí? - 1ª ed. - Buenos Aires: Entropía, 2005.
128 p.; 20x13 cm.

ISBN: 987-21040-3-4

1. Narrativa Argentina I. Título

Editorial Entropía
Tinogasta 2500, dpto. 37
Buenos Aires, Argentina
info@editorialentropia.com.ar
www.editorialentropia.com.ar

Diseño de colección: Entropía
Fotos de tapa: Gonzalo Castro

© Romina Paula, 2005
© Editorial Entropía, 2005

ISBN: 987-21040-3-4
Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Impreso en la Argentina

Primera edición: Julio de 2005
Impreso en Artes Gráficas Delsur S.H.
Almirante Solier 2450 (1870) - Avellaneda - Buenos Aires

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra.
Reservados todos los derechos.

¿Contra quién el tío Eduardo puso en su boca, cansada y dulce, todavía una ciruela más?

Ferdydurke, *Witold Gombrowicz*

¿Vos me querés a mí?

–No, yo lo que te quería decir... A ver, esperá, no sé cómo decírtelo, lo estoy pensando ahora, ¿eh? A ver, no, eso. Bueno, nada, que el otro día me quedé pensando. ¿Viste cuando me preguntaste lo del ascensor?

–Sí.

–No, esperá, eso no fue, ¿qué era lo que me habías dicho antes, esa palabra que me molestó, cuál era?

–¿Guachita?

–No. ¿Eso me dijiste?

–Sí.

–No, no era eso, era otra cosa peor.

–No, era guachita.

–¿En serio? ¿Y yo me enojé por eso? No puede ser. Bueno, no importa, la cosa es que me quedé pensando y la verdad que no sé si sirve de algo que te lo diga, pero igual te lo quería decir, que nada, que estuve pensando y que viste que la última vez que nos vimos yo estaba un poco rara, bah, como que me fui poniendo rara, porque estaba todo bien, pero en un momento me puse a pensar y como que me colgué porque es algo que me pasa siempre, y ya sé cuando me empieza a pasar, me doy cuenta y no quiero que me pase, viene y ya sé, es una sensación que ya conozco y trato de combatirla y bueno, en eso estoy, y no es algo de lo que vos te tengas que hacer cargo, es algo más mío en realidad, pero es

como que me miro de afuera y me pregunto "¿pero está bien esto que estoy haciendo?". Me pasa que me pregunto sin querer, si la situación en la que estoy es en la que quiero estar en realidad y bueno, como que después llego a conclusiones, como que tomo decisiones, no digo que esté bien, pero no puedo evitarlo, como que me vienen y bueno, como que el otro día me quedé pensando y la cosa es que pensé que no sé si quiero estar de novia. ¿Se entiende?

–Sí... Bah, no sé. O sea, sí, creo que entiendo lo que me querés decir, pero no sé muy bien a qué viene, tampoco entendí muy bien el otro día pero nada, pensé que era como una cosa del momento, que te habías ofendido, ni me imaginé que te habías quedado pensando ni que tuvieras toda una teoría al respecto. Igual no entiendo muy bien, nosotros nunca dijimos nada de estar de novios ni nada.

–No, nada, es eso nada más, que quiero que lo sepas. A ver, yo no digo que pienso que vos querés estar de novio conmigo, no digo eso, en realidad ni te lo estoy diciendo tanto a vos, me lo estoy diciendo más bien a mí. Tampoco es algo tan concreto, no sé si puedo explicarlo, no digo que se pueda decidir así, ya sé eso. Es más bien como que me viene, no es que yo lo pienso, que me lo pregunto, sino que estoy así y de repente como que me viene esa sensación, como que me empiezo a ver de afuera, veo la situación de afuera y me juzgo, como si me preguntara. Pero es más bien como una forma de pensar, no sé, de proyectar en el mejor de los casos. No digo que haya que definir algo, ni en pedo, pero bueno, en un momento hay una serie de cosas que se van acumulando y entonces de repente yo me pregunto: "¿pero estamos de novios?", o "¿yo quiero estar de novia?". Por ejemplo, desde hace fácil una semana que hablamos todos los días por teléfono.

–Pero vos me llamaste.

–Sí, bueno, por eso, yo no te lo estoy echando en cara, ¿eh? Yo no digo que seas vos, lo que digo es que hablamos todos los días y bueno, nada, yo no puedo evitar preguntarme ¿pero yo estoy de novia con este pibe? ¿Entendés? Tiene como que ver con el compromiso, no es que yo necesite saber, pero de repente me pregunto si mis acciones son consecuentes con mi sentimientos, como que me cuesta un poco tener acceso a mis sentimientos, no sé, es raro, y como también nos estuvimos viendo mucho.

–No sé, yo tenía ganas de verte.

–No, yo también tenía ganas, no es ése el tema... Lo que pasa es que yo no te puedo dar ninguna garantía, eso te quería decir más que nada, que no te puedo dar ninguna garantía, porque siempre me fascino mucho al principio pero después se me pasa, eso es lo que pasa, ¿entendés? Y por eso quería decírtelo, porque si no después el otro queda pagando y como está todo bien con vos, quería que lo supieras. Es eso más que nada, como que me cuesta darme bien cuenta si una situación está buena o no de verdad, ¿entendés? No buena, digo, bah sí, buena, como saber realmente si es eso lo que quiero, como saber si es verdad, no sé si a vos te pasa.

–¿Qué?

–Lo que te digo, no sé, que te dé miedo lo que te pasa, no sé, no saber. Que por momentos estás bien y estás contento y decís mmm sí esto es algo y le das para adelante y estás bien, y después de repente hay como algo que no está bien, como que mirás de afuera, como que puedas dejar de pensar que el otro es lo que pensás que es, como que se te desvanezca, no sé, que te deje de gustar.

–¿Que me deje de gustar qué?

–Yo.

–Ah, sí, claro que me pasa.

–¿En serio? Qué horror... Bueno, mejor.

–Porque a vos te pasa.

–Sí, claro, todo el tiempo. Bah, no sé si es eso exactamente, es eso en parte, pero no es sólo eso, es como si eso fuera consecuencia de otra cosa, no sé, creo, bah, lo estoy pensando ahora... Qué bueno, a mí me pareció que eras medio así, como jodido, como que un par de zapatos equivocado o una mala combinación de colores puede ser letal... ¿no? No te rías, boludo, es así. ¿O no?

–Bueno, no sé si tanto como eso pero sí, pienso que podés dejar de gustarme.

–Si el otro día en el bulo espantoso ese, ni bien nos vimos, yo me di cuenta que me miraste como con cara de "qué secretaria fisurada" y me abrazaste en seguida porque no me querías mirar. En serio, no me digas que no fue raro.

–Sí, pero era obvio que iba a ser raro después de esos días sin vernos.

–Sí, bueno, ya sé, pero me re di cuenta de lo de la secretaria fisura.

–Qué boluda, no pensé eso, no pensé secretaria fisura, parecías más bien rumana.

–¿Rumana? ¿Por qué rumana?

–No sé, por la ropa. Igual parecés un poco rumana.

–¿Qué tenía puesto?

–No sé, pero estabas rumana.

–Qué forro... Tenía puesta una pollera con flores, ya me acuerdo, y las sandalias. No, pero no parecía rumana, qué malo.

–No sé, yo pensé que parecías rumana.

–Qué forro... No sé. Bueno, no importa, ¿en qué estábamos? Ah, sí, bueno, nada, más o menos eso es lo que te

quería decir. Que a veces me pongo a pensar y no puedo evitar preguntarme, vas a pensar que es grasa, pero bueno, es así, no puedo evitar preguntarme, no sé, estoy en una situación y me pregunto: ¿es esto el amor? O más tipo: ¿esto es amor? Y es eso, es como lo que te decía, que me viene de afuera, y no tiene que ver con vos y me gustaría no preguntármelo, pero no puedo evitar hacerlo porque después durante un tiempo te hago la madre de tus hijos y después de un día para el otro desaparezco y listo, como que de repente decido que hay algo que no está bien, bah, como que ni lo decido, es como si me viniera de algún lado del interior, como que me viene de adentro algo que me dice esto no está bien y desaparezco y no sé, es una locura... Y ya sé cómo es, después el otro queda pagando y es un bajón, por ahí está bueno que esté todo claro desde el principio.

–¿Pero tenés ganas de verme?

–Sí, obvio, ¿qué tiene que ver eso?

–No sé, yo no sé mucho más que eso tampoco. Además, la verdad que la semana pasada me sorprendí, porque eras vos la que llamaba... Yo no sé si somos novios o no, no sé qué somos, no me interesa mucho tampoco saberlo, qué somos, y todo bien, yo entiendo lo que me decís, o creo, puedo identificar esa sensación, como que te viene de afuera, todo bien, pero ya ese pedorreo sobre el amor, no sé si me interesa mucho entrar en eso, me parece que no me interesa y que es un poco engañoso. Y no sé, ya lo del otro día, lo de que te quedaste pensando, justo el otro día que estuvo medio choto, bah, que no cogimos muy bien, no sé, por ahí me equivoco, pero me parece que sos un poco resultadista.

–¿Resultadista? No entiendo qué me querés decir.

–No, nada, que ahora me decís estas cosas y fue justo la última vez que nos vimos que no pudiste acabar y entonces.

–Ay, qué boludo, ¿qué tiene que ver eso?

–Bueno, ponele que no tenga nada que ver, pero entonces es muchísima casualidad que me vengas con este planteo justo ahora, después de que no estuvo muy bueno la otra vez, porque la semana anterior habíamos estado a pleno.

–Sí, ya sé, pero igual lo de acabar olvidate, mirá si eso va a tener algo que ver, eso me chupa un huevo, mirá si eso me va a importar, qué boludo.

–Y entonces, ¿qué te agarró justo ahora?

–No, no es justo ahora, ése es el tema. No es justo ahora. Es algo que me pasa siempre y que no quiero que me pase más, ¿entendés? Me gustaría no tener que pensarlo tanto, pero después las cosas pasan igual y yo quiero que estés al tanto, que sepas que existe la posibilidad de que yo desaparezca, que convivas con eso. O que no convivas, por ahí convivir es mucho, pero no sé, que lo sepas, que lo tengas en cuenta, no sé, no te quiero quemar la cabeza.

–No, no me estás quemando la cabeza, está todo bien, igual no entiendo muy bien a qué viene.

–¿Cómo que no entendés a qué viene? ¿Qué es lo que no entendés?

–No, sí entiendo, está todo bien, olvidate.

–No, pero decime.

–No, no, ya está, no importa, no era nada...

–...

–...

–Che...

–¿Qué?

–¿Vos me querés a mí?

El vómito de tu gato debajo de tu mesa el día que cumplías veintidós años

A lo mejor lo que no me gustó fue que Ana se sintiera mal, o que se tapara el inodoro. O que Manuel se hiciera el misterioso, o que Violeta se tirara en el sillón o que no vinieran los de la obra o la cabeza del ratón, la cabeza y la cola del ratón, el descubrimiento de la cabeza y la cola del ratón. Eso sumado a que quiero que coman de las dos tortas por igual y mucho mucho locro para que mi mamá crea que no hubo nada que no gustara y eso me remite automáticamente a Hansel y Gretel y la mentira piadosa. Y en oposición, toda la primera mitad del día que sí estuvo muy bien, el almuerzo, la sesión, los medios de transporte con sol, *El Monje* y cruzármelo a Pablo en esa esquina, justo en esa esquina o más precisamente justo encontrármelo, todo muy bien hasta que o entonces, antes que todo: pensar acerca de la rata o más precisamente de la cabeza de ratón con ojos abiertos el día de mi cumpleaños. Una cabeza y una cola de ratón preanunciados por un caldo vómito con tripa y pelo de ratón. Y todo eso nada más y nada menos que el día de mi aniversario número veintidós. Una forma bastante atípica, simbólica y –por qué no– desagradable de dar comienzo a otra cosa. A otra cosa mariposa. Y luego el desarreglo intestinal, la acumulación de represores de sustancias en el bajo vientre –uno, dos, uno atrás de otro, uno encima de

otro y no te diste cuenta– y en ese mismo momento la emulsión, la emulación de esa misma situación risible en aquel cuarto arrumbado de sopor y sudor nocturno (olor a mono dicen otros) –ninguna ventana abierta, ni siquiera una fuga de aire en ranura alguna– y la asfixia de domingo por la mañana junto al acre ocre y consistente olor de vino por poros, de etílico epifiltrado, filtración epidérmica de vid. Vid comprada con sudor, excesivamente cara, irrisoriamente desfasada y es eso y no otra cosa lo que hiede, lo que hace que hieda esta mañana en esta habitación. Y ahora te quiero, pero no a vos a quien está recostado de junto, acostado al lado mío, a mi lado –ahora lo sé– a vos te quiero, al que se fue ayer en el mismo momento en el que yo me dirigía a una cita higiénica, una cita segura, esterilizada –y vaya que lo fue– en ese sitio más parecido a un no-lugar, a un aeropuerto que a un lugar donde se puede comer algo rico. Mi gata, entonces, se retorcía convulsiva. Convulsionada esporádicamente y el olor que delataba que la podredumbre encontrada era sólo la punta del iceberg –qué descubrimiento tan poco feliz–; la búsqueda tímida y temerosa y luego sí, efectivamente era sólo la punta, pero no de un iceberg sino todo lo contrario: de una sustancia tibia, grumosa, arrogante, pestilente. El vómito de tu gato debajo de tu mesa el día que cumplías veintidós años. El vómito pestilente de tripas marrones de ratón de gris pelaje caliente debajo de tu mesa sobre el piso negro y apesta, todo apesta. Tomás la pala un papel *rollisec* y te le animás al pato, te le animás al recuerdo de ratón que hasta hace poco –muy poco, me atrevo a afirmar– todavía roía y ahora es vómito naranja y caliente sobre el piso de piedra negro bajo la mesa de junco y vidrio de tu living o mejor dicho del living de tus viejos, del living de la casa de tus viejos en tu cumplea-

ños –eso sí, eso sí es tuyo y te pertenece a vos y a nadie más– tu cumpleaños. Eso sin contar el vómito de tu gato que, evidentemente, también te pertenece. Tu gato ya no sé, pero el vómito seguro y la cabeza de abiertos ojos junto a su plato de comida –tuviste que agacharte, te vi, para confirmar que lo que creías que era no era sino algo mucho peor, así que tuviste que acercarte mucho mucho a la cabeza para comprobar que era exactamente eso: un marulo de ratón junto al plato de leche de tu gato sobre su individual que alguna vez fue tuyo y que ahora anima el piso del garaje de tus padres cuya puerta comunica directamente con la sala, con el living en el que está la mesa de caño y vidrio bajo la cual hallaste –no sin sorpresa– todo el vómito de pelos y tripa de ratón tibios la noche del día en que cumplías veintidós años.

No se puede tenerlo todo/
Dejá que no voy a poder quererte mucho.
Y cómo puedo saber si se trata esto de donjuanismo cuando no sé en qué consiste exactamente ese mal. O este mal. Creo saber o cuando menos entender que se trata de una compulsión a seducir y poseer lo otro y dejar de desearlo inmediatamente después de haberlo poseído. ¿Es eso posible? ¿Hay acaso algo como eso? Empiezo a pensar en no poder amar nunca nunca y enloquezco. Me gusta inventar historias, me gusta hablar y que me cuenten, pero no me interesa mucho eso, la verdad que no me interesa mucho interactuar de esa manera. No me gusta y me sigue pareciendo terriblemente violento y me dan náuseas y en ese momento

sólo quiero que termine, que termine con todo esto de una buena vez y cerrar los ojos y dormir y ya no pensar. Tal vez la mejor solución hubiera sido decirle "dejá que no voy a poder quererte mucho", pero no pude y no dije nada y sólo nació ese bolo angustorio o angusticio y ahí nomacito me eché a llorar cual una *madalena*. Me impulsaron a hacer cosas que no quiero hacer y las hago porque no sé muy bien qué pienso al respecto y entonces embadurnarse una vez más con cariño del más tibio, del más mezquino, y la pregunta es o sería si es acaso necesario llegar a esa instancia de apelotonamiento, a esa instancia prosaica y explícita, y si no es posible en absoluto, entonces, pensar en una convivencia sin eso, sin nada de eso porque se vive de una manera o de otra, no las dos cosas, no se puede tenerlo todo. No se lo puede tener todo. La represión casi supresión de lo instintivo en prácticamente todos los aspectos, todas las esferas y después la explosión de salvajismo tras la puerta, ahí nomás, un agolpamiento de gemidos, interjecciones, de sudor y espasmos. ¿Cómo es que puede y debe serse tan animal entonces si antes no y después tampoco y luego menos? ¿Cómo es que uno puede desembarazarse de todo unos instantes, de todo el lastre, simplemente abstraerse y eso? Toda la construcción cultural aflora en ese momento más que nunca y no soporto –realmente no soporto– estar abierta al mundo del esófago hasta donde pueda sentirse y dar a luz todos los meses a un hijo nonato y hedor y tener que lidiar –para colmo de males– con una ausencia, con una falta, con una merma, con una hendidura umbrosa pringosa hedionda vellosa y velluda y ausente, un no sexo que hay que aprender a remontar –no sólo todos esos otros– sino uno mismo saber remontar y localizar, localizar exactamente, precisamente, actuar con precisión es ahí y ahí y ni siquie-

ra el placer después, porque es por roce, se produce por frotación y así no se soporta mucho y él que no me pregunta nada, ¿acaso no quiere saber nada de nada? ¿No hay algo que despierte su curiosidad? Y estoy tan pero tan cansada de todo y de todos pero sobre todo y tan sobre todo de mí, tan cansada de mí detenida en todas esas imágenes, regalando un poco de mí, como ofreciéndome a todas esas personas estafadas que tuvieron que llegar a sus casas para advertir que lo hicieron con las manos vacías. Llevarlo a cabo es matarlo, creo que es algo que aprendí. Actuar es matar. Actuar sinónimo de ejecutar, término que encierra en sí lo que necesito pensar, o mejor dicho: pienso y necesito decir; pienso y necesito dejar de pensar. Pienso entonces que no tengo que tocar a ninguno más de ellos, ni que ellos me toquen a mí, que no lo hagan más porque no les pertenezco y tampoco voy a empezar a hacerlo por insistencia. No quiero a ninguno de ellos, no quiero estar más con ninguno ni con nada de eso, no puedo y no quiero construir nada de nada, demandar y querer poseer, nada de eso va a suceder, realmente nada de eso va a suceder.

–Ah, pero te quedó bastante bien. ¿Es esta línea nada más? Increíble.

–Sí, sí, es esta rayita.

–¿Y adentro no te duele nada? ¿Te quedó bien?

–Nada... Hace unos meses me dolía mucho la rodilla, no sé por qué, supongo que del apoyo y Kohle le dijo a tu mamá que había unos parches que podía ponerme y que me curaban.

–¿Te los pusiste?

–Sí, lo mandé al abuelo al alto, al puente, que hay una farmacia a la que siempre vamos, y lo mandé ahí, me los consiguió, me los puse y venían cinco, cuando se me terminaron fue a comprar otros más y después ya me dejó de doler. Eran muy buenos.

–¿Muy caros?

–Como cuarenta pesos la caja. Pero era más barato que el kinesiólogo, que no trabaja con obra social, no te lo cubren y nos iba a salir mucho más caro y yo dije que al hospital no vuelvo, para mí fue suficiente.

–Pero te sentís bien.

–Sí, sí, me siento perfecta.

–¿Y del pecho?

–Ah, bueno, no, ahí fuimos la otra vez con tu mamá para que me revisen, que el doctor Flügel me tenía que ver

porque me había dicho que cuando se me curara lo de la pierna, que cuando pudiera caminar otra vez, íbamos a ver qué hacíamos con esto, cómo seguía. Esto fue más doloroso, me habían puesto el drenaje acá abajo, debajo del brazo y con el otro quebrado. No podía hacer nada. Y dolía mucho. Y me pusieron el drenaje para que supurara eso, para que supurara la herida.

–Por la sangre.

–Sí, la sangre y el pus también, para que no se infecte, es más delicado eso, ¿sabés, Inita? Yo ya lo tenía eso, ¿vos lo viste?

–Sí, me lo mostraste en el hospital... Bah, así, por debajo del delantal.

–Sí, era como una frutilla, como una cosa así, yo ya lo tenía hace tres veranos eso, pero como no me dolía, con la malla, con esta malla que me lo tapaba no se me veía y como no me dolía... Y con todas las cosas que ya tuve no me iba a preocupar. No hay nada peor que no poder respirar, Ini, nada peor, ¿sabés? La vez del ataque de asma, que me internaron, porque no podía respirar, eso es lo peor, ¿sabés? No hay nada peor que eso, nada. Lo peor es no poder respirar, Ini... Me perdí... ¿Qué te estaba diciendo?

–Lo del pecho.

–Ah, sí, bueno, por eso no dije nada y bueno, cuando me hicieron las revisaciones por lo de la cadera lo descubrieron y dijeron que había que operarlo y como yo ya estaba ahí dije "bueno que me hagan todo y listo", y me abrieron de acá hasta acá, así y me sacaron todo.

–¿Y eso cómo te quedó?

–¿Querés ver?

–Sí.

–A ver... ¿Ves? Ya no hay nada.

–Ahhh... mirá. Te sacaron todo. Y no te duele.

–No, no me duele nada... Mejor, ¿sabés? Además con esta malla ni se nota, me la pongo así y mirá.

–Le cosiste una hombrera.

–Sí, ¿ves? Para reemplazar y así no se nota, ¿ves? Una amputación, Inita, dijeron que tenían que sacar todo y yo dije "bueno, que hagan lo que tengan que hacer" ya que estaba ahí, "que me saquen todo" dije y me querían poner la anestesia acá en la columna, peridural se llama, y lo veo al enfermero que viene y me sienta y le digo "¿qué hace?". Muy joven el enfermero y me dice la anestesia y le digo "no no no no no, yo no quiero ver nada, a mí me duermen y listo" y no querían, pero yo no los iba a dejar, así que al final los convencí y me dieron total, porque yo me quería dormir y listo y después ya despertarme con todo hecho y las dos veces, ¿eh? Las dos veces lo mismo, en las dos operaciones, que me la querían poner en la columna y yo que "no no no no que a mí me duermen, yo me quiero despertar cuando ya esté todo hecho". ¿Está linda el agua?

–Sí, increíble. ¿No te metés?

–No no no, yo ya me bañé a la tarde cuando vino el abuelo del taller, que hoy vino más temprano, cerraron más temprano por el calor, si no llega a eso de las cinco y hoy llegó a las cuatro y me dijo que venía, me llamó para decirme que lo espere para ir a la pileta, para ir juntos, y para mí mejor también, porque con la obra de al lado están siempre todos los obreros en el jardín y no me animo, hay como siete u ocho trabajando ahora, prefiero quedarme adentro, no voy a ir a bañarme sola, no salgo, justo que en el fondo comen asado, ¿sabés, Ini? Uno va todos los días al Carrefour, todos los mediodías, veo que sale al Carrefour y compra cosas y hacen el asado ahí atrás y después me piden los hielos que yo ya se

los tengo preparados, el otro día se ve que ya compraron la bebida fría porque no me los pidieron... Cuando no me los piden yo no voy a decirles, si no me los piden no se los doy... Y ahora vienen tres más que se ve que no conocen a los otros, que vienen a achicar la pileta, no sabés qué trabajo, Ini, en vez de hacerla de nuevo, van picando las paredes y tirando tierra, no sabés qué trabajo... Llegan y se cambian, dejan la ropa ahí, la cuelgan y ya trabajan todo el día.

–Es enorme la casa.

–Sí, el otro día le pregunté a uno que viene siempre, cuando vino a buscar el hielo, le pregunté que quiénes iban a vivir ahí y me dijo, y el otro día los vi, una familia con tres chicos de entre siete y doce años, con plata se ve. El otro día que hacía tanto calor y no había nadie bañándose, la pileta vacía, pensé qué lástima, nadie bañándose, qué lástima y te llamé, pero no estabas... ¿Estás muy ocupada, Ini?

–Sí, mucho, bah, no tanto, un poco, sí.

–El otro día me acordé de vos, que te quería decir, porque el año que viene... No, este año, este año se hacen las Olimpíadas en Grecia, el otro día lo escuché por la radio, y a mí se me ocurrió dije "si Ini estudió griego", que por ahí te podías presentar para trabajar de azafata o algo...

–No, abuela, pero yo no sé griego. Yo estudié griego antiguo, no sé hablar.

–¿Ah, no? Pero estudiaste griego...

–Sí, abuela, pero era griego antiguo, para traducir, te enseñan a leer para traducir, para leer textos antiguos. No es el griego de ahora, no te enseñan a hablar.

–Ahhh, yo pensé que sabías, me acordé que habías estudiado.

–Sí, no, pero es otra cosa, era griego antiguo.

–Ah, no, yo dije, escuché y pensé "le voy a decir a Ini-

ta" a ver si te podías presentar para trabajar de azafata o para ir a las Olimpíadas de traductora, como sabés griego.

–No, era otra cosa, abuela.

–Ah, sí, yo pensé "para Ini que sabe griego", le voy a decir, me acordé que habías estudiado... Es muy difícil eso, a mí nunca me interesó, nunca me interesó estudiar, me aburría, ¿sabés? A mí me gustaba salir, andar por ahí, no estudiar, leer, nunca leí ningún libro, Inita, ni un solo libro en toda mi vida, ¿sabés? En mi casa la inteligente era mi hermana y yo nunca quise saber nada, ella era la inteligente y la favorita de mi mamá, Linjen esto, Linjen lo otro y yo nada, cuando podía no ir al colegio no iba. Creo que nunca leí un libro entero, no es para mí. ¿Sabés, Ini? Yo me quería ir de mi casa... Yo no estaba contenta en mi casa, mi mamá y mi hermana me hacían la vida imposible y me fui a trabajar con mi papá, que a él sí lo quería y así estaba todo el día afuera de la casa, que por suerte cerraron el colegio con la guerra, cerraron todas las escuelas alemanas y estaba todo el día afuera de la casa, en el centro, con mi papá. Por eso me casé tan joven, yo me quería ir de mi casa, sólo me quería ir de ahí, por eso me casé tan joven. Al abuelo lo conocí en el club y no me dejaban verlo, no me dejaban ir mucho al club, mi mamá no quería y yo iba igual. Me ponía los patines y me iba. Vivíamos en la barranca, ¿sabés? Mi papá se hizo construir una casa y vivíamos en la barranca y el club estaba abajo, en el río, y yo me ponía los patines y bajaba la barranca y me iba al club y pasaba ahí todo el día. Y ahí conocí a tu abuelo, que era gimnasta, y nos casamos, porque él ya trabajaba, desde muy joven, porque el padre de él murió muy joven y él se tuvo que poner a trabajar para mantener a la madre y a la hermana, él las tenía que mantener y entonces ya trabajaba y por eso nos pudi-

mos casar y yo lo único que quería hacer era irme de mi casa. El abuelo era muy bueno, ¿sabés? Muy buen gimnasta, lo habían elegido para ir a las Olimpíadas, sobre todo con el caballo y las anillas, tenía mucha fuerza en los brazos, y se iba a las Olimpíadas, pero se suspendieron por la guerra, ¿sabés? No se hicieron, y tu abuelo tenía que trabajar también, así que después ya no pudo entrenar tanto y nos casamos y él tomó el trabajo de mi papá, de los sellos y la tinta ahí en Florida ¿Vos conociste ese taller, no?

–Sí, sí, el que tiene el sótano. Sí, al de Villa Martelli también fui.

–Sí, en ese momento vivíamos sobre la Urquiza con mi familia, ya nos habíamos mudado, porque antes vivíamos ahí sobre Florida, antes de que fuera la oficina del abuelo, ahí vivíamos, Florida 428. Toda mi infancia viví ahí sobre la Florida. Al lado estaba la policía y vivíamos ahí, y con mi hermana dormíamos en una habitación que había que salir de la casa y subir una escalera, había que salir de la casa, ¿sabés? Subir una escalera y ahí había otra habitación donde dormía con mi hermana y me acuerdo del miedo que nos daba dormir ahí, porque al lado estaba la policía y cada tanto se escapaba alguno y pasaban por encima de nuestro techo y nosotras los escuchábamos pisar sobre las chapas, no sabés qué terror, Ini, las dos solas ahí... Lejos de la casa, solas ahí, nos moríamos de miedo y mis padres ni se enteraban... Yo nunca la quise a mi mamá, ¿sabés, Ini? No era una buena mujer, siempre tan amargada, yo no sé cómo la soportaba mi papá, que a él sí lo quería mucho, un hombre muy bueno, muy generoso. Ella vendía lencería, Ini, en esa época, ropa interior, y se la pasaba todo el día en el negocio, era lo único que le importaba, tenía sus clientas, Talysia se llamaba el negocio, el maniquí que te regalé era de ahí, ¿te

acordás? Así que nosotras la molestábamos me parece, no tenía muchas ganas de ocuparse de nosotras, no tenía paciencia, ¿sabés? No era una buena madre. Así que nosotras estábamos todo el día en el colegio, después íbamos a ballet y el fin de semana al club. Nos llevaba a ballet a Linjen y a mí, ahí a la vuelta de casa, rusos eran, una rusa que tenía una academia de baile. Después la cerraron con la guerra, cerraron todo con la guerra, y a mí me dio una lástima... Porque eso me encantaba hacer y era muy buena bailando, muy buena, ¿sabés, Ini? Mucho mejor que mi hermana, ella no podía bailar y yo era muy buena y la rusa me quería mucho. Qué lástima que cerró, porque eso sí me habría gustado ser, bailarina. ¿Sabés, Ini? Era muy buena, muy buena, tenía mucha facilidad. Y Linjen no, Linjen era la inteligente, Linjen esto, Linjen lo otro, yo no leí ni un solo libro en toda mi vida, Ini, yo sólo quería irme de mi casa. Irme de ahí, por eso me casé. A los hombres les resultaba más fácil, pero yo me tuve que casar para irme... ¿No te bañás más?

–No, voy a salir, ya me dio un poco de frío.

–Bueno bueno bueno, te voy a preparar algo de comida, así comés algo, hice los pepinos y un pan de carne, con todo lo que tenía.

–No, abuela, si como eso ahora me muero, yo ceno en un par de horas.

–¿Y no querés nada? Comé algo... ¿Te caliento café?

–Ah, eso sí puede ser, un café sí.

–Bueno, bueno, vos cambiate que yo te caliento el café, y tengo pan también, un pan rico del Carrefour, te podés hacer unos *sangüichitos*, hay fiambre también.

–Está bien, abuela, no te preocupes, igual no tengo mucha hambre. Con el café está bien.

Pareciera que el lunes por la tarde siempre me va a entrar fiebre

Todo tiene que ver con todo *oder der rote Faden.* Así que algo del asco tendría que ver con la ropa grande de hombre y los zapatos desvencijados, los zapatos desvencijados de niña de nueve años que, a su vez, tendrían algo que ver con lo que le da asco a una niña de nueve años porque ni siquiera lo considera. Así que la ropa grande y de hombre, las bombachas de muchacho, de pibe, de pibito, los pantalones de mi hermano y la negación, el sentimiento de invasión (invasivo) y –por qué no– de violación (violativo) son caras de la misma moneda. La de la no aceptación del tormento, la del cuerpo de mujer en el espejo y la angustia de ésa que se reconoce en ese momento y cree que la han estafado. Una vez más la han estafado: la primera vez cuando supo que no reencarnaría en la misma persona, siendo la misma, con la misma vida (esa anécdota, desde acá, no hace más que arrancarle una sonrisa ahora que tanta agua ha corrido bajo el puente y no de la más cristalina, vamos a decir las cosas como son) y ésta, la segunda estafa, cuando ve que la metamorfosis en su cuerpo comenzó hace tanto, cuando ella todavía no era capaz de considerar una mutación de esas dimensiones y ahora ve y se encuentra directamente con el producto sin el proceso y no sabe cómo llegó hasta ahí, en qué momento sucedió todo esto, como si la hubie-

ran cargado a ciegas a través de parajes desconocidos, páramos plagados de ruidos imposibles y una vez absuelto el vendaje sólo una conciencia frente a una imagen que no reconoce. ¿Me gustan, entonces, ellas? ¿Me gusta *ella*, la otra *ella*? ¿Es eso posible? Y ¿cómo saberlo? ¿Cómo saber dónde termina qué y dónde empieza esto otro? No saber. Parece que no saberlo. Entonces no saber a qué adjudicar el enorme pantalón de hombre. Tal vez a ese exacerbado puritanismo adquirido vaya uno a saber cuándo, cómo y dónde (ni qué decir del porqué) y –por un lado– la voluntad de diferenciarse, que empieza a marcar el primer camino del error que sería pensar que la castidad es luz y bien y garantía de algo y luego el cambio –mental, sí– pero evidentemente no estructural. Ahora lo ve. Exactamente el mismo esquema pero en la otra orilla. El mismo mapa, pero ella en el otro margen. Marginación. Si te fijás, no es una patología que tu padre te dé asco pero tampoco es la norma, dice Norma (haciendo valer la redundancia). ¿No, no es la norma (, Norma)? Eso, por ejemplo, no lo sabía. Algo que resulta revelador. Los gemidos del otro lado de la puerta sumados al insomnio.

Primero: un atentado en mitad de la noche, tortura en la madrugada. Y luego no, luego sólo es placer eso que ella creyó leer como sufrimiento, como el peor de los sufrimientos, ahogados gritos de dolor cuyo indudable fin es la muerte resultan ser gemidos de placer. ¿Es posible? ¿Es posible un juego tan cruel y despiadado? ¿Es lícito? Y entonces el surgimiento del asco, de eso que es asco. El blanco durante no más de cinco segundos y aparece esa revelación, la revelación, cree que en realidad, en realidad cree que es tan claro... Tantas señales, tantos y tantos signos diseminados por miedo y pudor, pero tantos hartos indicios al fin. ¿Y el tem-

blor? ¿Ese mismo temblor que en el film favorito? Hace tanto que es tan claro en realidad. "Rumana, parecés rumana." "¿En serio? Sí, fijate vos que de hecho tengo sangre rumana, en serio, mi abuela es rumana y su madre también, sí, es cierto, tengo algo balcánico..." E ir a pedir ese tema y no otro tema, ese tema que viene a ser como un himno y la charla, el diálogo a escasos centímetros una de la otra y los nervios, esa sustancia que desconozco, ascendiendo desde ese otro lugar ignorado o hasta entonces inexistente. Y las cuclillas frente a la lluvia y el toldo, la lluvia, las gotas de lluvia sobre el toldo, sobre la vereda de enfrente, a escasos metros de la puerta a la fiesta. Y no me importa, a mí no me interesa en lo más mínimo porque sólo pienso en la lluvia, en la lana, en la humedad y en el frío, en el rojo y en el diálogo a escasos centímetros –ni sé qué decimos– a un volumen casi inaudible y entonces la invitación: hacelo si querés, a mí no me importa, la cercanía se suprime y ahí aparece entonces el temblor que se propaga y que remite automáticamente a una cocina y un juego de té que aparece –ya lo sé– para terminar hecho trizas en el piso. Trizas, ja. ¿Y eso cómo se llama? Se impone comparar, pero eso, ¿cómo se hace? ¿Cómo se accede a eso? ¿Cómo demonios puedo saberlo? ¿Cómo demonios puede saberse? Y como si eso fuera revelador. No el principio de algo tranquilizador, sino todo lo contrario. Sería más que nada el principio de un abismo. Y entonces huir huir huir y digo en su momento la anécdota es minorizada, rápidamente asimilada y archivada, demasiado rápidamente se diría y ¿qué mierda significó eso en realidad? ¿Qué significó? Unos besos bajo la lluvia. Ella, la otra ella, en su momento no le restó importancia, en absoluto, ¿y ella? Esta ella, ¿qué hice con eso? ¿Dónde está? Luego un simple llamado telefónico y todo quedó expeditiva e

higiénicamente resuelto. *Resolvido.* No quiero a ninguno de ellos. ¿Ya lo dije? No quiero a ninguno de ellos. No más. No nunca. ¿Fue *ella* o es que acaso siempre lo supe? A lo mejor siempre lo supe, pero seguramente más ahora que antes, eso seguro. Y la pregunta que nace entonces es: ¿qué vieron en mí? ¿Qué es lo que vieron? ¿Tal vez algo que yo no pude ver? ¿A lo mejor eso? A lo mejor. Podría enumerar tantas situaciones, tantas. Todos esos films y sin ir más lejos, el otro día, la revelación en el colectivo. ¿Estaría yo dispuesta a darle tanto poder? Ésa es la pregunta. ¿Estaría yo dispuesta a tanto? ¿Sigo dispuesta a esto, a esto que hay ahora y que hiede de aburrimiento? Mmm... ¿Estaría dispuesta a prolongar esta cobardía *ad eternum*? Y el mareo, vos que sabés, ¿puede tener algo que ver con eso? No es fiebre, eso dicen, eso es otra cosa y vamos a llamarlo por su nombre. Creíste venir afiebrada y te equivocaste. ¿Cuántas veces en tu vida vas a creer que te confundiste para pasar a aceptar que son ésos y no otros los momentos de verdad? Entonces pareciera que el lunes por la tarde siempre me va a entrar fiebre y... ¿siempre va a ser esa otra cosa? ¿No será el asco el síntoma más evidente de algo que no estoy queriendo ni pudiendo ver? Sería una prueba bastante interesante, de eso no cabe duda. Y yo haría todo eso por vos, claro que lo haría. Necesito cotejar eso ahora en este momento, es casi imperioso y automáticamente empiezo a sentirme mejor y así nada de eso importaría.

–¿Pero te gusta o no te gusta?

–Sí, Ina, me encanta, pero no sé, no creo que pase algo ya, ya no sé cómo tendría que hacer para hacer ese movimiento. Ya está tan hablado el tema, el pibe ya re-sabe, siempre hacemos comentarios sobre el tema y no sé bien qué pensará él, siempre terminamos hablando de sexo y él me dice que soy una histérica y que ya me sacó la ficha y nos reímos de eso, pero no sé. Me parece como que en cualquier momento va a ser tarde, como que si no es ahora, ya va a haber pasado el momento.

–Y bueno, Violeta, ¿por qué no hacés algo?

–No, es que no sé, tampoco sé si es eso lo que quiero. Me gusta, pero no sé si quiero estar con el pibe, ni siquiera sé si quiero estar con alguien. No estoy mal, ¿eh? Justo fue ayer que bajé un poco, porque en la casa de mis viejos vi un chal que usaba mucho Adrián y me tiró muy para atrás, fue así un segundo y me destruyó el día... Pero en realidad estoy bien así, yo sé que está bien, sé que voy a estar mejor, pero bueno, estoy como sostenida por unos hilos... De día estoy como contenida y me distraigo y cuando vuelvo a casa me llevo un video, o algo, o miro la tele, no sé, trato de no pensar. No quiero estar con nadie en realidad, pasa que estamos ahí, y lo veo todos los días y el flaco me encanta, es hermoso, todo largo... Es enorme. El otro día tenía un pan-

talón muy bajo, y se le veía el calzón y casi me muero, boluda. Lo que pasa es que estoy muy caliente, me doy cuenta de eso, de que me tengo que coger a alguien.

–Y bueno, Viole, cogételo entonces... Además te viene bien que tenga novia, así no te tenés que hacer cargo de nada, y ya sabés que el flaco va a hacer la suya.

–Sí, ya sé, pero no da. No, además no quiero saber nada, ya me di cuenta de que me había excedido el otro día, no sabés todas las cosas que dije, por suerte ni me acuerdo de todo, pero sé que me excedí... ¡No me quedó ningún secreto, develé todo! Así que ahora cuando voy cierro la puerta con llave, para que nadie me moleste, así también trabajo, si no es un cuelgue, voy y no hago nada... ¿Y vos en qué andás? ¿Tu chico?

–Todo bien... El otro día le quemé un poco la cabeza.

–¿Por qué? ¿No estaba todo bien?

–Sí, está todo bien, lo que pasa es que de repente me di cuenta de que nos estábamos viendo todos los días y dije mmm ¿qué onda?, ¿estoy de novia? Y nada, eso, me vi en una situación en la que no sé si quiero estar y nada, le dije eso.

–¿Y el pibe qué onda?

–No, todo bien, ¿qué me va a decir? Me dijo que no se preguntaba mucho eso, que a él le gustaba estar conmigo y listo. Eso me dijo. Después cogimos y todo bien.

–Sexualmente a pleno, ¿no?

–Bueno, no sé si a pleno, pero todo bien, sí, está buenísimo, la verdad que todo bien. El otro día fue muy gracioso porque nos pusimos a joder, estábamos hablando sobre las ex parejas, y yo le pregunté a cuantas minas se había cogido pensando que me iba a decir dos tres, y se cogió un montón, boluda, y nos cagábamos de la risa porque yo le

decía que me había engañado, eran tipo las cuatro de la mañana y nos cagábamos de la risa porque yo le decía que a mí él me había gustado porque parece un nerd, que me había vendido el nerd y que no sé, que pensé que no tenía nada de experiencia, o que a lo mejor se había cogido alguna minita pero medio mal y eso me calentaba un poco, y después resulta que atrás de las gafas había un *winner* y que era todo una treta y nos cagamos de la risa.

–Qué fea palabra *winner*.

–¿*Winner*? Sí, es espantosa, de eso nos reímos mucho también. El concepto *winner* es lo menos.

–Sí, es lo menos de lo menos... Yo necesito eso, boluda, cogerme a alguien, no sé, a cualquiera, pero no sé cómo hacer.

–Y cogete al flaco ese.

–No, ni en pedo, no da, después lo tengo que ver todos los días... ¡Ah, boluda! ¡Me olvidé de contarte!

–¡¿Qué?!

–Muy gracioso, el otro día soñé que cogíamos.

–¿Con este flaco?

–No, nosotras, Ina.

–¿Nosotras? Qué bizarro.

–Sí, muy raro, se ve que había quedado muy caliente, porque fue justo la otra noche después de tomarnos cinco vinos, cuando fui a comer con los pibes estos, y nos la pasamos toda la noche hablando de sexo y se ve que quedé re-caliente y soñé eso.

–¿Y estaba bueno?

–Estaba bueno, sí, bah, era raro. Era como que yo te contaba que estaba caliente y vos me decías de coger como un favor, como si fuera una cosa re-normal así como "bueno, si querés cogemos, yo no tengo problema", esa onda.

–Qué gracioso, como la caritativa del sexo.

–Sí, boluda, muy gracioso.

–Yo el otro día soñé una cosa muy bizarra también, no sé si ya te lo conté.

–¿Qué? ¿Lo de la vieja?

–No, lo de la vieja sí te lo conté, no, lo de los antropófagos.

–No, Ina, no me contaste... ¿qué de antropófagos?

–Nada, boluda, horrible, era muy angustiante.

–¿Qué onda?

–No, no sé, en realidad empezaba como una fiesta en una casa en las afueras, como de esas fiestas que ves en las películas, que toda la casa está habilitada y hay muchos chicos lindos y mucho alcohol, ¿ubicás? Que nadie baila y el más lindo está preparando algún trago con bebida blanca en la coctelera y tiene puesta una camiseta y sonríe, esa onda.

–Sí, medio yanqui.

–Sí, medio yanqui... Bueno la cosa es que estaba ahí con otra gente, no sé quiénes eran, y de repente empezamos a escuchar unos gritos terribles de mina que vienen de alguna de la habitaciones, pero horribles, así como de muerte... Y bueno, la cosa es que empieza a circular que algunos chicos son antropófagos y como nadie se conoce no podés saber bien quién es quién. Entonces yo me quiero escapar, voy al baño y en el baño hay un antropófago muy lindo en calzoncillos blancos que me mira con cara como de "cagaste la fruta, chiquita" y yo en ese momento, en el sueño mismo, no olvido que en última instancia puedo intentar seducirlo, porque no dejaba de ser un pibe, pasa que bueno, se le había dado por morfarse pendejas, entonces pienso que tengo que seducirlo para que no me coma. Le propongo escaparse conmigo por la ventana haciéndome la sexy y él me

dice bueno y salimos a la calle y yo lo único que pienso es en alejarme de ahí lo más rápido posible y entonces le propongo correr en cuatro patas, como los animales, ¿ubicás?

–Qué locura, boluda.

–Sí, y bueno, nos alejamos corriendo así, como perros y te juro que la sensación era así de mucha velocidad, tengo la subjetiva de estar corriendo así y de pensar "loco, qué rápido se corre así", como de estar apoyándome en las patas delanteras y picar y que las de atrás te alcancen.

–Cualquiera...

–Sí, cualquiera... Pero te juro que era horrible, Viole.

–...

–Bah, lo de correr estaba bueno, lo de correr en cuatro patas estaba un poco bueno... Muy raro igual.

Sábado de sol por la tarde

¿Va alguien a quererme así? ¿Así de este modo? ¿Así a mí? ¿Así a mí de este modo? ¿De esta manera o a mí? Quiero decir: querer así por de esta manera o así como soy, como estoy siendo en este momento. En este momento que lo pienso, que lo estoy pensando tendría más que ver con así yo, así como soy yo en este momento, así como creo que estoy siendo cuando nadie puede verme *and no one can take that away from me. Not this moment.* Pienso en ayer y en ese sueño, ese sueño del deseo constante, algo tan distinto a lo que me sucede realmente, usualmente, frecuente y lamentablemente. También recuerdo haber soñado estar en el videoclub tomando *Mala Sangre* y decidí seguir el pálpito –en este caso sí está a mi alcance– y así lo hice no sin experimentar algo muy extraño al estar repitiendo la acción en la vigilia a escasas horas de la representación onírica. Pero a lo que iba es a que mi deseo es que alguien me quiera por ser como soy cuando estoy sola, ja, por como soy cuando estoy sola, cuando estoy siendo sola y que me mire y me sonría ese alguien otro y apruebe y acompañe y calle, tolere, eso, que sobre todo tolere mi silencio pero desde un lugar de sábado de sol por la tarde, de sábado por la tarde de sol en una tarde de sol y su mirada sobre mí que aprueba, acompaña y sólo mira, eso, sobre todo sólo acompaña y no quiere tener, tener ya, tener todo, ese hambre todo el tiempo,

ese desaforo incomprensible por tomar y tocar, tocar y agarrar, agarrar y recorrer, recorrer y tener más y más y más y basta de una vez por favor, sólo mirar y acompañar, mirar y entender, mirar y querer y nada más que eso. Ascender junto al polvo que el haz de luz delata suspendido frente a la ventana de sábado por la tarde, flotar ahí, suspenso sobre la mesa y el cabello, sin esperar mucho más que en el peor de los casos terminar posándose sobre mi cabeza. ¿No querés sentarte sobre mi cabeza que hay lugar? Genial, genial W. Allen irritado por el neoyorquino imbécil escupiéndole teorías en el cuello, un momento genial. Vuelvo a marearme y es hora de partir.

–¿Y cómo hago para darme cuenta?

–En el momento que te pase te vas a dar cuenta, no vas a dudar más. De eso se trata.

–No creo, a mí me pareció darme cuenta miles de veces ya. Pero después se me pasa.

–Entonces es porque todavía no era, Ini. Cuando te llegue ya te vas a dar cuenta.

–¿Te parece? Yo no creo que sea así. Además yo no creo que haya uno solo. O no sé, por lo menos me gusta la idea de pensar que te puede pasar muchas veces en la vida, o por lo menos un par, si no es un horror.

–Bueno, yo no digo que no, pero igual no me preocuparía tanto.

–¿Ustedes cuándo se conocieron?

–¿Nosotros? Y, a ver, dejame pensar, yo tenía diecisiete y él... diecinueve más o menos, sí diecinueve, una cosa así.

–¿Y te diste cuenta enseguida?

–No, no... no, de hecho tu papá era el novio de una compañera mía del colegio y yo salía con Alberto que era muy amigo de él.

–¿Saliste con Alberto? ¡Qué horror! ¿Alberto Alberto? El padre de Ana, ¿no?

–Sí, pero éramos muy chicos, te estoy hablando de los quince o algo así.

–Qué horror, a mí no me gusta nada. ¿Pero estuviste con él?

–Claro, sí, nos encontrábamos en las fiestitas en las casas, a la tarde, no pasaba nada...

–Ah, pero no pasó nada entonces.

–Ah, no, no, éramos muy chicos y además yo siempre fui medio tarada, no, no, no pasaba nada...

–¿Pero y entonces cuándo te diste cuenta?

–No, mucho después, un día que nos cruzamos en el club, él iba al club también y un verano nos encontramos ahí, teníamos a otro amigo en común.

–¿Quién?

–Mario.

–Ah. ¿Mario? Claro, sí, lo conociste por él, claro.

–Sí, bueno y no sé, nos vimos ahí y uno de esos días me invitó a salir.

–¿Y ahí te diste cuenta?

–Sí, no, no sé, en realidad no, fue más con los días, de repente sentí que me pasaba algo, no sé... Después él me confesó que yo le parecía un poco insulsa incluso.

–Qué horror. No, pero ése no es el tema, ¿ves? Porque pasar a mí me pasa, a mí me pasan cosas, pero el tema es que después no me pasa más, me dejan de pasar, eso es lo que pasa. Se me va, desaparece así, de un segundo para el otro. Cada vez creo que va a ser el padre de mis hijos y al día siguiente me parece un idiota, no me gusta cómo come o los zapatos que se puso o algo que dijo y no lo quiero ver más, ya no quiero verle más la cara. Ayer en un momento incluso me dieron gases.

–Qué asquerosa.

–En serio. O me duermo, ésa es la otra opción. Si me aburro me voy quedando dormida. Es como para no pen-

sar, supongo. No sé, ya no me doy cuenta cómo es y no sé a qué prestarle atención o cuáles son los indicios que tengo que buscar, qué signos atender, ¿entendés, mamá? Busco signos, todo el tiempo busco signos porque yo no puedo saber, me cuesta mucho darme cuenta. Además encuentro indicios y signos, de todo, pero tampoco son garantía de nada porque así como aparecen después no quieren decir nada, después se pone unos zapatos feos y todos los signos no sirvieron para una mierda... Es como si tuviera la foto del viaje que quiero hacer, y en la foto abrazo a alguien, pero la cara del flaco es siempre absolutamente intercambiable, y de hecho cambia, y cambia y cambia y más de uno merece la mochila en la espalda durante un tiempo, pero ninguno se quedó ahí, ninguno se queda y ahí me doy cuenta de que la foto no existe o tal vez sí, tal vez sí exista, pero es clarísimo, patente, que estoy sola y que no hay nadie al lado mío... Me canso, me canso tanto de mí.

–Eso es porque todavía no te pasó en serio, Ini...

–Basta con eso, no creo que sea así para todos. Yo me enamoré muchas veces, me desenamoré mil veces también y no significa nada, no significó nada. Como que nada te garantiza nada, no podés saber, nunca podés saber. Y todo es lo mismo, como que el orden de las cosas es siempre el mismo. Pasa esto y después esto y después esto... No sé, y lo peor es que cada vez que conozco a uno nuevo empiezo como si fuera la primera vez, como que el asunto del deseo no lo tengo muy resuelto todavía, todavía veo vidrio brillar y creo que tiene valor, como que no aprendo mucho, me confundo, no sé, después siempre me vuelve a ganar la curiosidad... ¿Vos de verdad sólo estuviste con papá nada más?

–Eh. Sí... De verdad.

–Es una cosa que no puedo entender, te juro que no sé

cómo hiciste para no dudar, para no tentarte nunca. ¿Qué raro, no? ¿Eso significará que sos más equilibrada o que sos muy poco curiosa, que te faltó curiosidad? ¿Qué será? ¿Te faltó curiosidad?

–No, no sé, dejame pensar, creo que no, curiosidad curiosidad no, uno siempre mira, pero curiosidad... ¿A qué te referís con curiosidad?

–No, no sé, eso, curiosidad, que te gustan otros.

–No, bah, a ver... No es que nunca haya dudado, ¿eh? Pero después siempre era mejor lo que ya tenía, lo volvía a elegir, y él también a mí supongo, así duramos. Pero no es fácil, ¿eh? No digo que sea fácil, para nada, simplemente es así, cuando te pasa no te lo preguntás tanto, hacés las cosas así porque te salen, te sale natural, casi no tenés que decidirlo. Igual a mí me parece bien lo que hacés vos, yo no lo veo mal, yo nunca pude, hacer así, de estar buscando, ir probando, no creo que esté mal, a mí me parece bien probar.

–No, mamá, yo estoy harta, no quiero seguir cogiendo por ahí, me cansé. Quiero encontrar a alguien y quedarme, no sé, querer a alguien de verdad y quedarme ahí, decir este flaco me gusta de verdad y quiero compartir cosas con él, no sé, y poder divertirme con esa persona y hacer algo juntos, una familia, no sé, algo, yo quiero tener hijos también.

–Bueno, pero ya vas a tener tiempo para eso, eso va a venir solo, cuando sea el indicado.

–No me digas más lo del indicado, mamá, no tiene nada que ver conmigo eso, no me lo digas más, para mí no existe algo así. Para vos es distinto, sólo estuviste con papá y bueno, es lógico que pienses así, pero para mí no corre eso, mi vida es ya totalmente distinta a la tuya, no la podés

medir igual, no es lo mismo para todos... Si no, ¿qué tengo que hacer? Tengo que matarme si no lo encuentro. Imaginate que no encuentro a mi indicado, mamá. ¿Qué hago? ¿Me muero, me quedo sola para siempre?

–No, yo no digo eso, yo digo...

–No, mamá, es distinto, vos porque sólo estuviste con uno, con papá solo y bueno pensás que es así, y por ahí pensás que sólo él te puede dar todo lo que te dio, pero no sé, yo creo que hay mil millones más que te podrían haber dado lo mismo, o por ahí más que él, o no más, pero distinto, eso seguro, otra cosa, ni mejor ni peor, pero otra, distinta, y bueno, vos nunca lo vas a saber porque te quedaste con él y está bien, pero nunca lo vas a saber.

–A mí me gusta él, yo no quiero a nadie más.

–¿Ves? Eso quiero yo, no querer a nadie más. Estoy harta, mamá, harta, es todo lo mismo, todo igual, uno igual al otro, todos lo mismo, es siempre lo mismo al final, un horror. Y siempre todos, cada uno cree que te va a rescatar, y que va a ser distinto, y yo también creo y después es otra vez lo mismo, no pasa nada.

–Tenés que dejar de pensar, Ine...

–Sí, ya sé, para lo que me sirve.

–...

–¿Sabés qué estaba pensando? Me acordé de una cosa que me dijo la psicóloga una vez. No sé por qué, yo le estaba contando que nos bañábamos con ustedes cuando éramos chicos... O no sé por qué le dije que los había visto en bolas, bah, que los veía en bolas, que no eran muy pudorosos, o que incluso me había bañado con el viejo alguna vez y ella me dijo algo así como que a cierta edad no era tan bueno que una nena le viera la pija al padre, porque era la pija de un adulto y como que eso la sobreexcitaba o algo así.

–¿Para qué le contaste eso?

–Ay, no sé, qué sé yo, no sé de qué venía, no importa, no es importante, pero justo me acordé de eso, por ahí tiene que ver.

–¿Qué va a tener que ver? Es una pavada eso, por suerte dejaste de ir ahí.

–...

–¿Y ahora estás saliendo con alguien?

–No.

–¿Y este chico del cine?

–¿Pablo?

–Sí, no sé, el chico del cine...

–Sí, Pablo, no, no pasa nada.

–Ah.

Die Stille nach dem Schuss (algo así como El silencio después del tiro), de Volker Schlöndorff

Lo interesante es cómo, en vez de recurrir a una estructura del tipo "historias entrecruzadas", ya tan manoseada por los yanquis, SCh. recorre el camino inverso: unifica; da a un solo personaje muchas identidades, vidas distintas, haciendo una especie de retrato desdoblado de la vida en Alemania del Este antes de la caída del muro. La ambientación/ locaciones son impecables, no sé si es mérito de SCh. o si todo cambió tan poco. El casting también es admirable, Rita Vogt es desagradable y bella a la vez, tan intermitente como el color de su pelo y la *cruela* punk Tatiana hace lo suyo. Una primera escena a lo Tarantino (tal vez, para anticipar lo que no va a hacer) seguida de una corrida trans al mejor estilo *Corre Lola Corre*, una primera vida muy parecida a la que lleva María Schrader en *Nadie me quiere*, pegoteada en una relación en clave *La vida soñada de los ángeles*, todo mechado con unas cumbres y lampos de policial banda-de-delincuentes-mixtos-en-desacuerdo, de eso sí que hay a montones, y esa cosa gris y de concreto, como hormigonada, que tienen las películas de corte crítica social qué mal que vivimos hay desocupación, como las francesas de Marbella o esas escocesas, todas protagonizadas por Robert Carlyle; algo del frío y del alcohol juntos, después de un largo turno de trabajo en alguna fábrica, una actividad autómata que puede ser estampar telas, como en este caso, pe-

ro también (es indistinto) engarzar metales o ¿coser? ¿Qué era lo que hacían Elodie Bouchez y su amiga, antes de suicidarse? Tatiana y Rita son como ellas, también son lindas las dos. Tienen una relación ambigua, sufren y se emborrachan. Y siempre y todo el tiempo hace mucho frío. Viven en pisos altos de enormes edificios llenos de departamentos, pero igual nunca se ve gente. Comen de latas de conserva, se pintan las uñas y no parece importarles mucho nada. Después, casi siempre, se suicidan. Y entonces la otra variante, la vida número dos: a Rita se le presenta la oportunidad de tener una vida un poco más feliz, con todo y romance: un bañero escultural, un verano, playa viento agua aire calor canciones y desnudos despreocupados, propuesta de matrimonio en plaza infantil y todo parece acomodarse pero, con todo y bronceado, y en el momento menos oportuno, reaparece la amiga terrorista que rehizo su vida –marido, hijo, giras y canciones– y acusa una desdicha inmensa. Rita en su idilio recuerda así que no hay otra salida, el anticipo de lo que de hecho sucederá. Tal es así que prefiere morir acribillada por la espalda, cruzando la frontera en una moto a todo lo que da y eso sí que lo entiendo, vaya que lo entiendo, al menos decidir terminar con algo que nadie nunca decidió empezar.

Tengo granos en la cara, sobre todo en la periferia de mi cara, y un hongo rugoso sobre mi mejilla izquierda sosteniendo mi lunar. Tengo las piernas llenas de pelos muy negros y filosos, algunos de ellos encarnados desde hace un par de veces. Hay granos en mi espalda. Algunos son bolitas de grasa enquistadas que ni duelen ni piensan moverse.

Todo eso me sucede y soy una porquería disociada de mí misma. Descubrí el mecanismo del juego, vi que todo es convencional y así es imposible volver a creer en lo que –es evidente– no existe ni nunca tuvo la intención de existir. No sé cómo hace la gente para seguir viéndome todavía, habiendo desaparecido yo hace tanto tiempo. Ni la hormiga ni el grillo: todo eso me tiene sin cuidado. Sólo me resta dormir y esperar que nada suceda y que todos sigan creyendo que me ven. Es como cuando mi mamá entraba a la mañana y yo impostaba la voz fingiendo estar despierta, de la misma manera me imposto y todo cree que sigo viviendo. No sé cómo estoy haciendo para vivir a un volumen tan bajo y ni siquiera reconocerlo. Soy inaudible. No soy nada de mí, soy un átomo. Los árboles mueren de pie y la piel se pudre puesta.

–Me dijo que él me garantizaba que la primera semana consigo trabajo de cualquier cosa y que a las dos semanas, un mes a más tardar, ya estoy trabajando de lo que quiera.

–Está loco... Ani, ¿vos pensaste en lo que te costó encontrar acá un circuito de gente y de lugares que más o menos te interesara, como afín? Te lleva años darte cuenta de por dónde es... Ir allá significaría empezar de cero, y encima con la dificultad de que es otra cultura y que te cuesta mucho más darte cuenta, identificar con quién tenés afinidades o por dónde va la cosa.

–No, Ina, ni en pedo, Fer me dijo todo lo contrario, me dijo algo así como que acá me estaba desperdiciando, que allá el trabajo, mi trabajo, sería mucho más valorado, ni hablar de económicamente.

–Bueno, Ani, puede ser, pero también es cierto que allá hay mucha más gente, mucho más calificada, y no porque vos no lo estés, pero los mejores del mundo se mandan para allá a probar suerte, hay gente que está toda la vida preparándose para eso, la competencia es mucho más descarnada también. Además, es otra cultura, es otra lengua, Ana. ¿Pensaste en eso? ¿Pensaste si tenés algo para decir en inglés?

–No, no sé, ¿por qué me decís eso? ¿Qué tiene que ver eso?

–Tiene todo que ver... En el caso de Fer yo entiendo, es

distinto porque no importa, es un asunto académico, es universal, es casi sólo cuestión de terminología, de vocabulario, para analizar o describir fenómenos similares pero vos ¿qué tenés para decir en inglés? Con el arte es distinto, ¿vos pensaste si tenés algo para decir en su idioma, para su cultura? No sé, por lo menos pensá eso.

–Sí, yo sé eso, no sé si es tan así igual, no lo había pensado así pero yo acá no doy más, Ina, no me banco más este país... No soporto cómo funcionan las cosas acá, no soporto el desorden, la chantada, la mediocridad, no sé, la mediocridad de todo... Acá ya no se puede hacer nada. Ya no hay nada para hacer, porque la gente es así, las cosas no cambian nunca. Y yo no quiero vivir así, yo quiero estar mejor.

–Ay, no sé, Ani, allá es la misma mierda, no digo que no sea cierto pero allá tienen otros problemas, por la superpoblación, es lo mismo, no sé... La verdad que en este momento la vida en esos países no me tienta en lo más mínimo, todo tan previsible y *safe* en un punto, eso si no te estalla una bomba en la jeta... Si no, te jubilás y te la pasás vestido de colores crema o de lino, tomando té con tortas y escuchando conciertos clásicos hasta quedarla en algún geriátrico *hi-tech*. No, ni en pedo, no es para mí.

–Ay, Ina, te juro que no entiendo por qué me decís así. ¿Por qué me decís esto? No sé qué tiene que ver con lo que te estoy contando: yo te digo que quiero ir a ver qué onda, que Fer me estuvo hablando tanto que me convenció, no sé, es para probar, no tengo nada que perder, de última, si no pasa nada, estoy un tiempo y me vuelvo, no me parece tan grave, no sé por qué me decís lo de la ropa cremita, yo te hablo de ahora, yo no doy más acá.

–Bueno, está bien, Ana, yo no digo que no vayas, si te

parece que es lo que tenés que hacer, andá y fijate, yo no digo que no... Y lo de la ropa crema no es literal, es más así como una imagen, ¿entendés lo que quiero decir con ropa crema, no?

–Sí, no sé, igual no pienso en eso, no pienso en tan adelante, o prefiero no pensar en realidad, me parece que me podría venir bien irme, hay algo de acá que no me está funcionando.

–Pero, ¿ves? Eso es lo que no me termina de cerrar de lo que me decís. Me decís que te querés ir porque no das más acá y no porque querés estar allá. Querés ir allá porque no te bancás más vivir acá. Ésa no es una buena razón, Ani, ahí te estás escapando de algo, me parece.

–No, no creo que me esté escapando... Me estuve dando cuenta, hace tiempo ya que me viene pasando que no estoy muy contenta, como a disgusto, molesta, no sé, disconforme y bueno, el otro día me llamó Fer y estuvimos hablando y no sé, me terminó convenciendo, me dijo que no entiende qué hago acá todavía, lo que te dije, que estoy perdiendo el tiempo, que él conoce mucha gente allá a la que le podrían interesar mis cosas y nada, que a él le parece que tengo que dejar de torturarme y que mucho de lo que me pasa tiene que ver con la situación del país, que es algo que lo respirás, no sé, como que está en el aire, esto de no poder progresar, no sé, que es cultural y después me habló de la vida, de la calidad de vida, que allá es mucho más alta, no sé, bueno eso que se sabe, que es muy superior.

–Pero te cagás de embole.

–Qué boluda que sos, no sé por qué te molesta tanto que me quiera ir.

–No me molesta que te quieras ir, Ana, me molestan las razones que das, no sé, los argumentos, no sé, me parece

cualquiera... Perdón, ¿no?, pero ¿qué mierda es eso de la calidad de vida? ¡¿De qué me estás hablando?! ¿Más frecuencia en los subtes? ¿Más tipos de lechugas en los supermercados? ¿Más departamentos con losa radiante? ¿Cajeras más sonrientes? ¿Poder irte a otro país el fin de semana?

–No, pelotuda... Funcionan mejor las instituciones públicas, por ejemplo. Cualquiera puede acceder a hospitales decentes, con tecnología, no sé, equipamiento, la gente no se muere de hambre, tenés seguro de desempleo, la clase política es más confiable o por lo menos tiene un discurso un poco más interesante que la de acá. Por lo menos saben hablar... Nada, pelotudeces así, Inesia.

–Como quieras, no me digas así, ponele que algo de todo eso sea cierto... y ¿qué? Después los pendejos se cagan suicidando o matan a balazos a sus compañeros porque sí o se filman morfándose a otros, o se cogen pendejas y las entierran en el bosque o peor, mucho peor si nunca les salta la tapa, mucho peor el exitoso, pegás universidad, si hay cupo, obvio, pegás laburo, sos profesional, si tenés suerte ganás un dineral pero no lo podés gastar porque no te da el tiempo porque tenés que trabajar, con toda la furia tenés un hijo, para que no te salga tan caro y no te rompa mucho las bolas, te comprás una casa con muebles, alfombras blancas, pagás los impuestos sistemáticamente, amigos no tenés muchos, no te da el tiempo ni la temperatura, después te entrás a aburrir con tu marido así que, o pegan unos cueros o se hacen *swingers* o las dos cosas a la vez, tu hijo es punk, nerd, hacker o skin, da lo mismo, porque si lo sacás bueno después te recompensa convirtiéndose en un médico ex punk, ex skin, ex hacker. Y después ya nada, si no te cagaste muriendo de un cáncer, un infarto o un aneurisma, te vestís de cremita y salís a tomar el té y a atravesar el parque

todos los días, mirás la tele, te tomás una sopa y esperás quedarla en una sala altamente esterilizada o solo en tu casa, hasta que te encuentren por el olor.

–Porque acá no te pasa eso... Es cualquiera lo que decís. No te pasa, porque acá llegar a viejo es casi un privilegio. Llegás si no te pisó un auto, si no te pegaron un tiro o desapareciste por ahí... Y si llegás es casi lo peor que te puede pasar; te cagás muriendo de hambre o de un resfrío si no tenés para los remedios. Y eso aunque hayas laburado ocho horas por día durante treinta años, da lo mismo, no hay justicia... Si naciste pobre, te morís pobre, si naciste rico te chupa todo un huevo y si sos alguien que piensa un poco, te morís de angustia. Y encima menos cómodo.

–Bueno, prefiero la angustia al aburrimiento. Es la misma mierda, Ana.

–No me parece, yo no quiero vivir en la mierda. Yo quiero estar bien, quiero estar mejor.

–Bueno, listo ¿qué querés que te diga, Ana? Hacé lo que te parece.

–No entiendo por qué me tirás tan mala onda.

–No te tiro mala onda, no importa, no tiene que ver con vos, yo no me iría, pero no sé, por ahí está bien, por ahí es lo que tenés que hacer.

–Igual no dije que me iba, dije que tenía muchas ganas, no estoy segura todavía, pero algo voy a tener que hacer. Igual no entiendo por qué te ponés tan agresiva.

Querer tener

El punto clave que no es otra cosa que la riqueza abundancia particularidad del mundo interior, si es que algo como eso existe y no esas habitaciones hastiadas de palabras, de falsos espasmos y placeres verdaderos, pero no menos efímeros y pelos, muchos y largos pelos castaños adheridos a las sábanas junto al olor, a mi olor –eso dicen– que yo misma desconozco. Eso, la humedad y la música y la estúpida pugna por la ventana ya sea abierta o cerrada. Y yo hago esas cosas, ver y hacer como que no vi, esperando que la situación se resuelva por sí sola y así unos minutos hasta, al ver que nada sucede, forzarme a interceder y aparecer. Actuar es ejecutar y coger es morir, decir coger es una forma de distanciar y distanciar es minimizar, minimizar es preservarse y preservarse es querer morir un poco menos. Actuar es matar y coger es morir, cuando la conciencia de la carne, de la materialidad, de la fetidez, es tan evidente. La proximidad, la evidencia de la carne, la contundencia de la carne que –aun así– puede volar en mil pedazos, desvanecerse o envenenarse o despeñarse o proyectarse y caer sobre las piedras y desangrar. Como el monje. Siento tus manos sobre mi cuerpo caliente semidesnudo, como pinzas que aprisionan todos y cada uno de mis miembros, me prensan, tus garras me prensan y sólo pienso en zafarme de las toneladas que tu demanda deposita sobre mi nuca, justo ahí, en ese

lugar, el más vulnerable de todos: de intentar incorporarme me desnucaría, mi cabeza quedaría prensada sobre el asfalto bajo el peso del deseo, de tu egoísta deseo de poseer, de querer tener y no sólo tocar sino también engullir, engullirlo todo angurriento glotón, no quieras lamer ni una mínima porción de mi miserable figura, no oses desear adueñarte de una sola onza de mi sudor o de mis gemidos ni siquiera te está permitido imaginarlo querer tener querer tener *haben wollen haben wollen haben wollen,* ¿no será mucho? Tanta gula no puede sino llevar al hastío y en el mejor de los casos al vómito. Creí que sabías que yo sí valoro las palabras, no sólo las valoro sino que las recuerdo y las colecciono, las colecciono y las cuido, cuido de ellas y por eso te pediría que en ocasiones futuras recurras a ellas con más cuidado, con muchísimo recaudo, porque si no pesan, pesan sobre nucas cual quilates de ansiedad, ansiedad y atropello y un cariño tan pero tan atropellado.

–¿Vos lo pensaste alguna vez?

–Sí, como pensar lo pensé, sí.

–Pero no te dio, o nunca te gustó nadie en especial.

–No... Igual creo que no me gustaría.

–Sí, igual no es lo mismo para los flacos que para las minas.

–Y no, la verdad que no, hay como una materialidad que es otra cosa.

–Sí, puede ser.

–¿Vos estuviste?

–Un poco.

–¿Cómo un poco? Ay, me da bronca...

–Qué boludo, no te cuento nada entonces.

–No, dale, decime, te estoy jodiendo, dale, bonita.

–No, no importa.

–Dale, contame, en serio, me da cosa pero todo bien, quiero saber.

–¿Qué te da?

–No, no sé, supongo que me da como una impotencia.

–Ah, sí, claro, como que es algo contra lo que no podés competir.

–Sí, supongo.

–A mí igual también me dan mucha bronca tus ex novias, ¿eh?

–Sí, ya sé, pero no es lo mismo, esto es peor.

–Sí, puede ser, yo me muero si estás con un flaco... O no, por ahí no, en realidad me encantaría, pero sólo si puedo mirar.

–Qué pelotuda... ¿Te calienta?

–¿Qué? ¿Chico con chico? Sí, me encanta... Igual creo que con vos no me lo bancaría.

–Ya sé... Bueno, ¿entonces?

–Incluso en una época estaba medio obsesionada con eso. Miraba una serie de putos en la tele y me calentaba la cabeza mal... Estaba medio perturbada con el tema; pensaba que tenía ganas de ser pibe para ser gay, una locura, porque en definitiva era para poder estar con hombres, pero bueno, putos... En esa época me escribía mails con un pibe que es muy gay y al que conocía un poco del mundillo teatral y le escribía haciéndome pasar por un flaco y nos escribimos un tiempo y él siempre me decía de vernos y yo traté de convencer a Manuel, ¿viste Manuel? Traté de convencerlo de que se hiciera pasar por mí, o sea, por el pibe de los mails, para no desilusionar al otro, para que supiera que existo pero no quiso, me mandó a la mierda, y yo me quería matar, hubiera dado cualquier cosa por ser pibe en ese momento.

–¿Cuándo fue eso?

–Y... Como hace tres años más o menos. Se ve que estaba medio deprimida en esa época. Me quedaba hasta cualquier hora jugando al Tetris y después igual no me podía dormir porque las fichitas me seguían cayendo con los ojos cerrados ¿Ubicás?

–¿Y con minas, entonces?

–Ah, no, bueno, no fue gran cosa.

–Pero, ¿cuándo fue?

–Y... Como hace un año más o menos... Bah, la primera vez fue hace bastante ya, y la otra hace no tanto.

–Qué, ¿más de una vez?

–Dos... Con dos minas. Pero la primera no fue nada, unos besos nada más.

–¿Y la otra? Ay, no lo puedo creer, me da un poco de bronca, ¿eh?

–Bueno ya fue, igual no fue gran cosa, es lo mismo, y ni siquiera te la meten... No sé, es lo mismo, por ahí es raro... Otro par de tetas, por ahí eso es raro, está bueno, pero es lo mismo, creo que la mina te tiene que gustar, es eso. No sé, depende de la persona, pienso que me podría enamorar de otra mina.

–Avisame si te pasa.

–Qué boludo... Querés saber pero después no te bancás lo que te cuento. No me mires con esa cara.

–¿Qué cara?

–No sé, me mirás como raro.

–Bueno, nada, estoy procesando lo que me dijiste.

–Ay, bueno, no es tan importante, ¿eh? ¿Vos nunca nada, de verdad? ¿Ni siquiera en las fiestas esas de tu colegio?

–Mmm... No, yo no, había, pero yo no.

–¿Ni unos besos, nada?

–No, nada, no sé qué querés que te cuente.

–Nada, Pablo, no te pongas así, boludo, no sé, cualquier cosa, alguna experiencia, en el jardín de infantes, qué sé yo... Algo.

–No, no sé, de pendejo nada más, pero nada que ver, era una boludez.

–Ay, ¿ves? Contame.

–No, nada, una boludez, ni me acuerdo muy bien... Tenía un compañerito de la primaria con el que nos juntába-

mos y mirá, ni me acoradaba de esto, hace mil años que no pensaba en esto, como que lo tenía borrado.

–¿Qué?

–No, nada, una boludez, como que nos hacíamos la paja mutuamente.

–¿En serio? Qué groso. ¿Y lo seguiste viendo?

–No, ni en pedo, fue una época así y después cada uno fue a otro secundario, no, no lo vi más.

–Qué loco eso ¿no? Compartir algo así, tan íntimo, con alguien y después no lo ves más.

–Bueno, eso pasa todo el tiempo.

–Bueno, sí, ya sé, pero digo de pendejo, algo constitutivo... Y después esa persona es como un extraño para vos pero tenés esa experiencia en común... Loco, ¿no? Imaginate que te lo cruzás por la calle con su novia, así, re-careta los dos y en realidad lo que circula es que se tocaban las pijas.

–Sí, muy raro.

–¿Viste que algo tenías? Todo el mundo tuvo algo así... Yo tenía una relación así, medio rara también, con una vecina... Jugábamos a unas cosas súper eróticas, me había olvidado... Es raro, porque sólo hacía esos juegos con ella, se ve que teníamos onda o algo.

–Ay, boluda, ¿no serás lesbiana?

–Qué forro que sos, es natural, todo el mundo tiene experiencias de esas... Además no era nada, jugábamos a tocarnos las lenguas y después, me acordé de una cosa, jugábamos a una película que nos habían contado... Era eso también, te calentaban mucho la cabeza los relatos, yo tenía a mis primos más grandes y escuchaba unas historias que después me dejaban la cabeza caliente, llena de imágenes. Supongo que esa película me la contó alguno de

ellos. Era de un hombre invisible que violaba a una mina y, claro, ella no lo podía ver y bueno, nosotras jugábamos a eso, y nos contorsionábamos en el piso, como si nos estuvieran violando y me acuerdo que me excitaba, bah, ahora sé que me excitaba; en ese momento me gustaba, no sé, me daba placer. También hacíamos otro juego, que nos poníamos debajo de una sábana y jugábamos a que éramos una pareja en un camping, en una carpa, que se besaba apasionadamente y se iba sacando la ropa y la idea era que de afuera se viera el bulto moverse... Amalia se llamaba, y encima vivía con la abuela, así que era medio un bardo para que la abuela no nos descubriera, y después nos preparaba el Nesquick y nosotras íbamos como si nada, y mirábamos los dibujitos, todas chivadas, con el flequillo pegado a la frente.

–Me lo imagino, qué gracioso. Y, ¿a la mina la ves?

–No, ahora ya no, cuando vivía en la casa de mis viejos la veía de vez en cuando y la saludaba, pero ni onda, también nos dejamos de ver cuando empezamos la secundaria.

–Sí, pasa eso.

–Sí, ahí me puse medio pelotuda... Como que me llené de pudores.

–¿En serio?

–Sí... Si a mi primer noviecito ni lo dejaba tocarme, porque me daba pudor... Después, una vez salí con un flaco del sur, que me encantaba, y le corté porque me gustaba demasiado, como que me excitaba, y me daba culpa. Una vez me tocó el culo y un poco me gustó y al día siguiente le corté, porque me daba vergüenza.

–Qué boluda.

–Sí, tremendo, ni sé de dónde tanta culpa, porque no tuve educación religiosa, no sé, pudor, qué sé yo.

–¿Y cuándo se te pasó?

–No, no sé, hace relativamente poco supongo. Me llevó mucho tiempo aprender a pasarla bien... Por eso me acuerdo de lo de mi vecina y no lo puedo creer. Después me puse medio pelotuda se ve. Como moralista, no sé... Incluso después, cuando empecé la facultad, estaba con todo un mambo con el sexo... Tuve mi primer novio con el que cogí y después no quise coger más y estaba como re-loca con el tema, tenía todo un discurso al respecto, como una teoría, pensaba que coger era violento y que en sí toda penetración era una violación, porque hay uno que penetra y otro que es penetrado y que el hombre y la mujer estaban en igualdad de condiciones hasta ese momento en el que el flaco te mete algo hasta acá, ¿entendés?

–Qué raro.

–Sí, me parecía aberrante la idea de que me metieran algo en el cuerpo, acá, en mi cuerpo, y la idea de estar abierta al mundo ¿entendés? La concha es como una herida eterna, hay un agujero que comunica tu interior con el mundo todo el tiempo y no hay nada que puedas hacer, es así nomás... Un par de veces que cogí con mi primer novio, veía cómo mi panza se levantaba y se bajaba, ¿entendés? Y yo pensaba "loco, me están metiendo algo" y me parecía una locura, una locura realmente, un acto de una violencia insoportable.

–Qué locura... No la pasabas muy bien que digamos.

–No, ni en pedo, se ve que el placer no era una variable.

–No.

–Qué bajón.

–Mmm.

–¿Y ahora?

–¿Ahora qué?

–No, ¿ahora qué onda con eso?
–No sé, bien, no sé... ¿Qué querés que te diga?
–No, no sé, nada, qué onda ahora con eso.
–No sé, boludo, ¿qué me preguntás?
–No, nada.
–Qué forro.
–¿Por qué?
–No, dejá, no importa, no entendés.
–¿Qué me decís, boluda?
–Ya fue.
–Bueno sí, ya fue...
–...
–¿Me das un beso, bonita?

Un gran mercado

Sería algo así como que ya no soporto la cultura. Así, en esos términos. Advierto la convención y no la soporto. La sola idea de la eternidad, de ser un pequeño punto de intersección, una sombra de un punto en la infinita línea de la diacronía; llevar en uno la eternidad y ser, sin embargo, mortal se me hace tan pero tan insoportable... ¿El cuánto por ciento de mi hábitat se compone de materia prima? ¿El cuánto por ciento de mi entorno está compuesto por escenarios naturales? El uno, sin duda sólo el uno y eso contando aquella "materia prima" que ha pasado por mil millones de procesos antes de llamarse leche o jugo o fruta, todo apropiadamente envasado en estéril y esterilizante *tetrapack*. Ni qué decir de la locura, la inmensa y terrible locura del supermercado... El artificio hecho imperio, el artificio hecho emporio. ¿Cuántas etapas de proceso, cuántos materiales y personas median entre ese resabio de materia prima que nos alcanza y uno mismo? Intolerable. Y todo todo todo todo no es más que nacer reproducirse y morir donde toda la parafernalia cultural no es más que un ruido, un gran gran ruido heterogéneo hecho por todos a la vez, para no escuchar/ enfrentarse a ese abrumador y abrumador silencio. Y en el medio, el cruel invento del amor.

Pensando en hacer algo artístico

–Holaaaa... ¿Inesia?

–Sí.

–Tomá asiento por favor.

–...

–Tanto tiempo.

–Sí, mucho.

–¿Qué pasó?

–No, nada, se me fue pasando, no me di cuenta, qué sé yo, ¿cuándo vine la última vez?

–A ver... Y, van a ser cuatro años.

–Ah... Un montón.

–Sí, un montón. ¿Y? ¿Te recibiste?

–Ah... No, no, dejé. Dejé hace un par de años.

–Ajá... Y, ¿qué estás haciendo ahora?

–Teatro...

–Ajá, mirá qué interesante... ¿Dónde?

–No, el año pasado estuve en dos obras y ahora estoy ensayando otra cosa.

–Ajá, mirá qué bien, a mí me encanta el arte también. La pintura, la escritura, si pudiera haría algo, pasa que no me dan los tiempos, ¿viste?

–Claro.

–Pero en cualquier momento, cuando esté más tranquilo, pienso que algo voy a hacer.

–Ah, está bueno, sí.

–Bueno, y contame... ¿qué te anda pasando?

–No, nada, estaba pensando en volver a tomar anticonceptivos y necesitaba una receta y me tengo que hacer el pap también.

–Bueno, pasá por atrás del biombo, sacate la ropa de la cintura para abajo, ahí tenés la bata y avisame cuando estés lista.

–Bueno.

–...

–Listo.

–Bueno, recostate en la camilla, por favor... La cola bien adelante. A ver... Ahí está... A ver... Y decime, ¿de qué trata la obra?

–¿La que hacía?

–Sí, no sé... Abrí un poco más la piernitas.

–Sí... No, una era una obra clásica, de texto, era sobre la paternidad.

–Ajá... No te muevas un segundo por favor.

–No, eso, de quién son los hijos, como que los hijos siempre son de la madre y el padre no puede saber, por ahí ahora ya no corre tanto con lo del ADN pero es una obra del siglo dieciocho, pero en realidad tampoco es que está tan difundido, además siempre te podés negar a hacerte el examen.

–Ajá, y decime, Inesia, ¿estás manteniendo relaciones sexuales?

–Sí.

–Ajá. ¿Frecuentemente?

–Eh... Sí, bastante.

–Mirá, tenés una pequeña llaguita en el cuello del útero, no es nada grave, no te preocupes, pero va a ser mejor prestarle atención.

–¿Pero qué es?

–No, no es nada, no te asustes, es como una pequeña llaguita, le falta la pielcita en un parte del cuello del útero y como es una zona que está siempre húmeda hay que estar atento.

–¿Cómo se me hizo?

–Bueno, no, estas cosas se pueden producir por roce. ¿Te duele cuando mantenés relaciones?

–Eh... Sí, a veces... ¿Por qué?

–No, bueno, puede ser una herida que se produce por roce, pero no te preocupes es muy chiquitita y yo te la voy a quemar con hielo, es algo que se hace, es una pavada.

–¿Cómo quemar?

–Es una criocirugía, no te preocupes, lo hacemos en dos minutos, te la quemo con hielo así, porque como está en un lugar húmedo no cicatriza, ¿sabés? Pero es una pavada, ni te vas a dar cuenta. No te asustes, vas a ver que se te va a ir.

–¿Pero es grave?

–No no no, es una medida preventiva que vamos a tomar porque es mejor curarla ahora que es chiquitita, para que no empeore, no es nada, ni te vas a dar cuenta... Pedile turno a las chicas abajo y deciles que te vas a hacer una criocirugía y la próxima vez que venís me lo recordás y lo hacemos, ¿sabés? Ya podés vestirte. Después vení que te doy la receta para que les des a las chicas.

Que la muerte envuelta en vinilo en una habitación siempre a oscuras

A ver si puedo objetivar... ¿no es eso lo que intentaba hacer ayer al estar recostada esperando? Y cuánto desorden. Imposible me resultó dormirme y no sé por qué, en realidad. Y sólo sé que después soñé con frutas, elegía frutas: manzanas, hasta que recordaba que ya tenía manzanas en mi casa. Eso es algo que no puedo saber, ¿era mi casa? Pero no era esto lo que quería decir. De lo que quería hablar es de la no objetivización de anoche y la no voluntad de leer, una vez más, *La escondida senda* de Fray Luis. Algo acerca de la conversación de anoche; algo en relación a toda esta ausencia de amor. Mmm qué horrendo y ampuloso suena eso. Eso por un lado y enfrente, en la otra vía, la otra opción: lo carnal. Así, así de escindido, dos vías paralelas que no habrán de juntarse jamás. Entonces concebir lo material como algo esencialmente malo y superficial; una liberalidad (y liberación) efímera; una entrega pura y exclusivamente física y no mucho más que eso: la representación de la muñequita. Y luego sí, amor y la entrega como se debe cuando no el placer. Hete aquí el quid de la cuestión. Placer físico con aquellos a quienes desprecio; rechazo de unirme físicamente a aquellos a quienes intuyo podría querer. No puedo sacarme a Natasha Filippovna de la cabeza: una naturaleza chúcara, tan intransigente y caprichosa como autocompasi-

va, entregándose a los seres más despreciables para hacer el ridículo y destruir su reputación y luego Mishkin, el único ser piadoso, el único ser amable y en efecto amado, a él se le niega en un acto de amor. Cree saber que ella no lo merece y lo releva de tener que soportarla. Es muy conmovedor. Lo evita porque lo ama. Muy conmovedor y muy triste. Realmente no había otra salida que la muerte envuelta en vinilo en una habitación siempre a oscuras. Algo como eso es lo que quería decir sumado a que me adormece el carraspear de la punta de la pluma sobre la hoja. Faltaría agregar nada más que sufro –según el veredicto de mi estimada A.– de un agudo cuadro de lo contrario a misoginia, o más precisamente de su equivalente masculino (que no es misantropía), mal para el que –vaya ironía– aún no ha sido inventado mote alguno. ¿Puede eso ser posible? ¿Puedo tener todo tan escindido? Y todas esas fotos que no retratan nada, absolutamente nada más que una chica hablando por teléfono, la espalda de una chica, una chica en la cocina y haciendo muchas cosas estúpidas y en el mejor de los casos esa chica sonriendo. "Es casi como si el sexo te diera bronca", dijo ella y no me atrevería a desmentirlo. Parece que siempre hay un problema y para mí mejor si nos dormimos aun antes de curtir. A mí todo este circo me tiene harta, completamente harta no saber dónde termina una cosa y empieza otra. Y entonces, claro, me indigna su atención cuando me empeño en comportarme como una idiota y su atención no cede; es más, parece incrementarse y qué castigo. Así estamos todos.

Voy con mi padre a visitar a Greta al geriátrico

Es domingo por la tarde, hace un día precioso y mucho mucho silencio. Recorremos los jardines verdes y desolados hasta aquel pabellón. Atravesamos un comedor en el que hay muchos ancianos en sillas de ruedas sentados a mesas con manteles de hule. Pero sobre las mesas no hay nada, nada más que esos manteles y ellos ni se miran ni conversan. Así están, encorvados y con la mirada baja. Absortos. Como si los hubieran puesto. Porque los pusieron. Un par de televisores los atronan con unos dibujitos o una película de domingo, doblada, apta para todo público. Una señora en su silla nos sigue con su mirada, somos dos cuerpos extraños, extrañamente erguidos, nos sigue, se ladea en su silla y me dice "sos igual a mi hija, pero más linda". Sonrío, no sé si tengo que agradecer, sigo a mi papá. Pregunta por su madre, le señalan un pasillo. Al final del pasillo hay como un pequeño living frente a otro televisor, que tampoco sintoniza el partido. Dan una película con el pendejo de *Mi pobre angelito*, hablando en mejicano y corriendo de acá para allá mientras lo persiguen unos rayos. Una de acción. No reconozco la espalda de mi abuela. Su hijo tampoco. Le cambiaron el peinado. Está peinada al agua, todo el pelo para atrás, pegado al cráneo. La hace ver más flaca y masculina. Nunca lo llevó así, siempre tuvo rulos. Nos ve, no sé si nos reconoce. A su hijo sí. A mí no sé, pero me mira con cariño,

eso sí. Después vamos a hablarle un poco, mi papá le masajea las piernas, yo le tomo la mano mientras ella sólo se concentra en las porciones de torta que sustrajimos de la merienda familiar, y las deglute a riesgo de atragantarse. Poco le importaría... Lleva un babero, le pusieron como un babero de toalla que se llena de migas. Se ríe bastante. Por momentos conecta, pero la mayor parte del tiempo no. Es como si estuviera deshumanizada. Eso parece. Ya no es una mujer, ahora es otra cosa. No sé muy bien qué. Me gustaría saber qué piensa cuando no habla, que es casi todo el tiempo. Qué mierda pensó todos estos meses acostada, desde que su pierna dejó de funcionar y se la sacaron, qué mierda piensa desde entonces, si es que acaso piensa algo y de ser así me pregunto también cómo es o sería no pensar en nada. La llevamos a dar una vuelta por el jardín. (El jardín) es lindo y hace un atardecer precioso, cálido. Creo que a ella le da lo mismo. Creo que la paseamos más por nosotros que por ella. Como todo, bah. Entramos, la volvemos a dejar en su sitio, frente al televisor, bah. Hete aquí el peor momento: la despedida. Mi papá la abraza, yo la abrazo, la vuelvo a abrazar, la beso, le tomo las manos y sus ojos se humedecen. Y las palabras. Mi papá le dice "hasta pronto" y ella le responde algo así como un "hasta ahora". Hay como un ir y venir de palabras en relación a eso, al lapso de tiempo que va a pasar hasta que la vuelvan a visitar. En ningún momento dice mi nombre, pero sí me dice "dulce", supongo que no sabe muy bien quién soy pero sabe que me quiere. Eso, esa despedida física y verbal, ella tratando de persuadirnos de que volvamos pronto... Me rompe el corazón en mil, en miles de pedazos. Confirmo que lo que ella sí puede percibir es el contacto físico, que la toquen, que la abracen, que la besen. Eso sí puede y es justamente eso lo

que hace totalmente injusto que la hayan puesto ahí. Que la hayan dejado ahí. Que la dejen.

La coleccionista, de Eric Rohmer.

El otro día vi *La coleccionista* y claro, está muy bien, porque entre los protagonistas al final no pasaba nada. Y termina así, abruptamente. Como una seducción fallida, o mal dirigida, no sé. El otro día soñé que recolectaba frutas, eran cítricos. Recolectaba pomelos y limones, eso seguro. Y me alegraba mucho, pero me dolían las manos al intentar arrancarlas de entre las matas. Las ramas me las cortaban y sangraban un poco, como que se me rompían las manos y algunos frutos también. Lo bueno es que había una reflexión constante acerca del ocio. Los tipos estaban ahí y se habían propuesto no hacer nada, o sea, hacer nada, pero llevarlo al extremo máximo y uno de ellos no podía, como que no le salía. Para el protagonista la idea de vacación, de recreo, implicaba levantarse temprano, ir a nadar, ir a pasear, leer y para el otro, para el rubio, se trataba de realmente hacer nada, pero nada de nada. Estar tirado mirando el cielo, nada. Y el protagonista hablaba de lo difícil que le parecía/ resultaba eso, decía que había que ser realmente valiente para vivir sin trabajar y que sólo muy poca gente lo soportaba, porque es insoportable pensar todo el día. Entonces lo que pasa es que la mayoría de la gente trabaja durante cuarenta años y después desespera, porque no sabe qué hacer con su tiempo. Eso decía y otro, un coleccionista yanqui, lo acusaba de vago. Y claro, puede ser.

–Hoy fui al Clínicas a ver a mi abuelo.

–¿Y qué onda, Viole?

–No sé, muy raro... ¿Conocés el Clínicas?

–No, nunca entré.

–Y... Es como la UBA. Todos los pasillos llenos de cosas, de basura, como la UBA, es como estar internado en Puán.

–Qué bajón... ¿Y por qué esta ahí?

–No tiene cobertura. Igual es bueno, pero es medio un bajón.

–¿Y qué tiene?

–Nada, está viejo... Ahora está mejor, lo estabilizaron, pero nada, cuando se reponga un poco lo van a operar.

–¿De qué?

–Nada, le encontraron un cáncer en la próstata y parece que es maligno, así que lo van a operar y pobre, él cree que ya lo operaron, porque estuvo inconsciente y entonces cree que ya lo operaron.

–Bueno, Viole, pero igual a esa edad no pasa nada con el cáncer, puede seguir viviendo un montón de años, no avanza tan rápido.

–Sí, ya sé, igual es un bajón.

–Sí, obvio, es un bajón. ¿Y él cómo está?

–Y, no, él está consciente, por momentos delira un po-

co, dice que los médicos, que la gente del hospital está complotada en su contra y así, o que cree que ya lo operaron, pero después está bien otra vez, nos reconoce y se pelea con mi abuela.

–Qué locura, boluda. A mí abuela también la volvieron a internar.

–No sabía. ¿A Trudy?

–No, no, Trudy está mejor que nunca, no, el otro día estuve con ella, fui a la pileta, no, Trudy es increíble, camina rapidísmo otra vez, increíble... No, no, a Greta.

–¿Greta está internada? No sabía, Ina.

–Sí, ¿no te dije? Ya estuvo internada como un mes porque se había caído en el geriátrico y se rompió la cadera... ¿No te había contado?

–Mmm.

–No, nada, que se rompió la cadera y la operaron, le pusieron una prótesis, se le salió, un bardo, la tuvieron que volver a operar a los días, imaginate, anestesia total, y se la re-bancó, pero parece que la segunda vez tampoco le prendió la prótesis y se le infectó, no sé qué pasó, por eso no la podían volver a operar porque es peligroso, qué sé yo, así que está tomando antibióticos para ver si le curan la infección con eso y la llevaron al geriátrico otra vez pero bueno, parece que no mejoró y que tiene mucha fiebre así que la volvieron a internar.

–Qué bajón.

–Sí y mis viejos estaban de vacaciones, así que tuvo que ir mi hermano, le avisaron a él.

–¿Y tu tía?

–No, mi tía y mis primos estaban de vacaciones con ellos, así que no había nadie. Y ahora parece que le sacaron todo otra vez y ya no se la van a poner, porque se ve que ya

no le toma o no sé. Y ahora está otra vez en el geriátrico, pero está con custodia las veinticuatro horas porque hace bardo. El otro día se empezó a comer el individual de la bandejita.

–Qué locura.

–Una locura, sí, una locura, boluda. Es tremendo.

–Tremendo, sí. Ahí donde está mi abuelo en terapia, está con otros.

–Ah... encima está en terapia, hay cosas tremendas ahí, ¿no?

–Todos ancianos. Está mi abuelo y cuatro o cinco viejitos más.

–Qué locura.

–Sí, boluda.

–Terminar la vida así.

–Tremendo.

–Tremendo, sí, yo pensaba eso el otro día, no es digno, boluda.

–No, es tremendo.

–Antes la gente se moría en su casa, ¿o no? Rodeada de su familia. Por ahí vivían un par de meses menos, pero por lo menos estaban ahí, en su casa, con su familia, no sé... ¿o no?

–Sí, no sé.

–No da ir a morirte ahí, son no-lugares, es como morirte en un aeropuerto, un lugar en el que no estuviste nunca en tu vida, que no significa nada para vos, y tu familia te deja ahí, si tenés mucha suerte te visitan una hora por día, cosa que si pasa algo, hasta que les avisan ya te moriste, y te morís ahí solo, entre extraños, un espanto. Creo que prefiero vivir un poco menos, pero no morir sola, morir así. Y además las operaciones, Viole, a mi abuela ya la operaron

como tres veces, el cuerpo no resiste, imaginate esa piel, ya no cauteriza, y las anestesias totales, es un peligro, cortar esa piel, abrir un cuerpo así, tan desgastado, ¿viste lo que es la piel? Es tremendo, a mí me da terror.

–Tremendo, sí, pero ¿qué vas a hacer? Tampoco lo vas a dejar tirado en su casa y además sabés que si le desenchufás la máquina se muere y ¿qué vas a hacer? Tampoco podés tomar la decisión de apagarla, no podés decidirlo, es algo que no podés decidir.

–No, obvio, es complicadísimo, pero es un espanto que la vida termine en eso, morirte ahí, y cuanto más lúcidos están, peor. ¿Y tu viejo cómo está?

–Y, ahí está, muy angustiado, es muy raro ver a mi viejo angustiado, le agarró así una cosa con el padre ahora... Nada, se da cuenta de que en cualquier momento se puede morir y está ahí, está muy cansado también y mi abuela lo vuelve loco, ella está con mi abuelo desde los catorce años y ahora se da cuenta de que lo puede perder y está como loca y lo trata mal, una locura. Y nada, mi abuelo es un hombre, ¿viste? Yo lo veía tirado ahí y decía "claro, es un hombre" y como que todavía tiene mucha energía, yo lo veo como resistirse, como que el tipo no se va a dejar morir.

–Qué locura, parece que ése es el tema, ¿no? Es esa generación que se está muriendo.

–Sí.

–¿Qué sería? La generación de principios de siglo, ¿no? Sí... ¿a ver? Y sí, mis abuelos se vinieron de pendejos después de la Primera Guerra, así que sí, es esa generación... Qué groso, ¿no?

–Sí, groso, esos viejos vivieron todo, boluda, todo el siglo.

–Toda la modernidad, qué groso. Les tocó vivir todo.

–Sabés que el otro día mi tía me contó que mi abuelo Werner, el viejo de mi viejo, me contó mi tía que todos los años el tipo quería cambiar todos los muebles de la casa, y la vajilla y las cacerolas; no quería que quedara nada viejo en la casa y tiraba todo y compraba todo nuevo y me contó que si mi abuela de repente no quería largar las cacerolas, o algo, mi abuelo les saltaba encima y las abollaba para que ella no pudiera volver a usarlas.

–Qué gracioso, Ina, no me imagino a tu abuelo rompiendo cacerolas.

–No, boluda, tremendo, no quería nada viejo en la casa, y rompía todo. Me contó que tenía una mandolina que tocaba cuando era pendejo, que se la había traído de allá, que estaba impecable, tenía las tiritas y todo y el viejo agarró y también le saltó encima y la hizo mierda, boluda, su mandolina, le saltó encima. Y también una pipa de su suegro, del abuelo Johann, mi bisabuelo, que parece que fumaba en una de esas pipas muy largas, que estaba impecable, y también le saltó encima.

–Qué locura.

–Sí, se ve que el viejo no quería saber nada con el pasado, muy loco.

–Mi abuelo al contrario, el otro, el que murió, el viejo guardaba todo, pero todo mal, ¿eh? Su casa era un basural mal. Tenía un galpón todo lleno de cosas, así, repisas y repisas llenas de basura, de cosas rotas, levantaba todo lo que encontraba en la calle y se lo llevaba a su casa. Y encima tenía un orden, él sabía dónde estaba cada cosa. Mi vieja me dijo que cuando iba ella, el viejo le decía "¿querés ver los primeros escarpines de Julio?". Y se los señalaba ahí en una repisa, los escarpines de mi viejo, sabía

exactamente dónde estaba cada cosa. A mis primos una vez les regaló un semáforo, me re-acuerdo de eso, mis primos tenían un semáforo nuevo en su habitación, de los del hombrecito para cruzar, nuevo, lo tenían en su habitación y los re-envidiábamos, y se los había regalado el viejo. Un día cayó con el semáforo y les dijo que se lo había encontrado tirado en la calle y obvio, seguro que estaba ahí porque lo estaban por colocar y ¡el viejo se lo llevó, Ina! Muy gracioso... Y mi abuela trataba de tirarle las cajas sin que se diera cuenta y él siempre las encontraba... En el altillo tenía cajas y cajas llenas de botellas de cerveza vacía, unas Pilsen de un modelo viejísimo y las tenía ahí por si algún día volvían a Uruguay, para ir a cambiar los envases, cuando ya ni caminaba, ¿podés creer?

–¿Ése es el que era colectivero?

–No, ése es el otro. Éste era obrero ferroviario, trabajaba en el ferrocarril y lo jubilaron muy joven, como a los treintaipico y se volvió medio loco. Estuvo al pedo media vida más o menos, así que se ve que se dedicó a juntar cosas. Al final ya no escuchaba un carajo...

–Qué horror...

–Sí, una locura... A mi prima siempre le decía Susana Giménez, desde re-pendeja, estaba fascinado, y a mí se ve que no sabía qué decirme porque no era rubia y me empezó a decir Susana Traverso.

–Ay, Viole, me hiciste acordar, ayer tuve un sueño rarísimo, medio angustiante. Soñé que estaba en una fiesta en una casa así, había gente, creo que estabas vos y Julia también estaba por ahí y yo estaba con Carolina Fal hablando, y en un momento nos besábamos mal así, muy apasionadamente, sentadas en el piso, delante de todos y me acuerdo que ustedes me miraban.

–¿Y qué onda?

–No, nada, yo flasheaba mal y ella era así muy displicente y se iba y yo me quedaba un rato y después salía a buscarla, pero la mina ya se había ido... Y después como que ya era otro día, y yo la llamaba por teléfono y ella me re-cortaba los pelos y yo trataba de hacerme la graciosa, de resultarle interesante, y fracasaba mal, era tremendo, y me desperté con una sensación espantosa.

Miedo al alelamiento

Intentando poner *some* algo de orden. *Some* algo del sentimiento, de la sensación *A sangre fría* me asalta y una bombilla con más watts de lo usual me atemoriza. En lo que pensaba es en algo relacionado a la escisión, ese descubrimiento tan feliz que hice hace exactamente una semana, feliz en cuanto a descubrimiento, no en cuanto a lo descubierto y después la salida del otro día que pude sostener casi sin quiebres, tal vez ayudada por mi peinado y algo de la energía Ana de la pradera y simplemente pude sostenerlo. Eso y el sentimiento, la sensación de viernes por la noche, ¿cómo es que se llama? Sublimación creo, al menos fue eso lo que me dijeron, pero no importa, lo que quiero decir es que es esa sensación opuesta, el otro lado de la sensación de muerte, de esa revelación; este sentimiento es así: supe en ese momento que no había mejor lugar en el mundo para estar que ahí en ese momento y en esa situación, el antisentimiento de la fiesta en otra parte y eso actuando, ensayando, eso, como atravesarlo todo por un instante, una fracción en la que se abre algo y estás más allá de tiempo y espacio y sos todo a la vez, algo así como la versión más feliz del *yo soy yo*. Y después de haber entregado así, de haberse entregado así frente a esa gente, el encuentro frente a unos vasitos de vino plástico y... ¿qué más puede pedirse que eso? Eso en cuanto a los encuentros, ¿y lo otro? Nada,

nada más que ese miedo al mejor estilo Capote, el miedo a la mediocridad (*abstumpfen*), la escisión sexual ("si alguien alguna vez pudiera hacerme sentir así, tendría que amarlo para siempre") y el recorrido con la lupa por sobre toda la superficie de mi cuerpo y entonces el descubrimiento de los nudos, los nodos, la rugosidad y las viscosidades y la risa, eso está bien, así como también la mañana de encuentro con papá. Y la revelación de que hay alguien obstruyendo ese vínculo, qué terrible, y el miedo, sobre todo el miedo al alelamiento, a la anestesia mental. Mareada me voy.

Hace un rato mi cabeza empezó a pesar y afuera oscureció.
Un llamado imbécil e irritante desde ese lugar que se hace llamar vida. Vida activa. Minoría activa. Minoría viva. Mantengo las persianas bajas y el teléfono atendido. Procurado. Estoy mareada y vestida de verde. No sé si es el café o el silencio lo que acabó mareándome. No sé si fue el silencio o el sillón, el sillón o el llamado, el llamado o el arroz, el arroz o la espera, la espera o el grito, el grito o la fogata, la fogata o sus palabras, las palabras o la ciudad, la ciudad o la brecha, la brecha o el desconsuelo, el desconsuelo o el deseo o las otras, las obras o las luces, las luces o el hastío, el hastío o la distancia, la distancia o la voz, la voz o la tinta, la tinta o la indecisión, la indecisión o la comida, la comida o el absurdo, el absurdo o el sinsabor, el sinsabor o el cine, el cine o la desilusión o el afecto tibio, el afecto tibio o la esperanza, la esperanza o la escatología, la escatología o el paseo, el paseo o las migas para los patos, las migas o las fotos, las fotos o lo imposible, lo imposible o el timbre, el timbre o el otoño, el

otoño o los cerrojos, los cerrojos o la humedad, la humedad o el insomnio, el insomnio o el club, el club o el silencio, el silencio o todos esos ruidos, todos esos ruidos o las caritas en la madera o las lozas en la arcilla produciendo un camino hacia ninguna parte, el camino hacia ninguna parte o el puerto, el puerto o la cal, la cal o la velocidad, la velocidad o la multitud, la multitud o la aglomeración, la aglomeración o la ficción, la ficción o la seducción, la seducción o la mentira, la mentira o el apio, el apio o el oprobio, el oprobio o la cinta magnética, la cinta magnética o el desarraigo, el desarraigo o la envidia, la envidia o.

–¿A qué te referís exactamente cuando decís que mentís, Inesia?

–No, no sé si quiero decir mentir, no quise decir mentir, sería más bien omitir, como que no te digo todo, o más bien como que elijo contarte lo que te cuento, elijo qué contar, eso más bien.

–Ah, bueno, sí, claro, pero mi trabajo justamente es el de escuchar lo que hay detrás de eso que vos me estás contando, no quedarme con la anécdota.

–Bueno, sí, ya sé, pero ¿qué si hay cosas que yo nunca te cuento? Eso vos no lo podés adivinar, aunque me escuches. Yo no dejo de ser una construcción para vos; yo para vos soy lo que te cuento, me armás así y yo estoy eligiendo conscientemente todo el tiempo qué contarte, así que en un punto es como mentirte.

–No me parece que sea así.

–Hay cosas que nunca te dije.

–¿Te referís a algo en particular, Inesia?

–No, no. Me refiero a algo que probablemente ni yo misma sepa, me refiero justamente a esas cosas de las que no se puede hablar, que son desde el vamos pensamientos para nunca ser dichos, como pensamientos que no se pueden pronunciar, no sé, eso. Los problemas que yo te cuento, no deben ser tan graves, porque yo te los estoy dicien-

do, por algo los puedo nombrar... Supongo que lo otro, lo complejo, lo de verdad duro y doloroso –o no sé si doloroso, no necesariamente doloroso– pero lo verdadero, para mí que eso no sale, eso no sale nunca, y entonces es lo mismo, no sé si me entendés.

–¿Tiene que ver con el tema de la homosexualidad, Inesia?

–¡No! No... ¿Por qué?

–Esto, que decís que no podés nombrar, de lo que no podés hablar...

–No... No entendiste lo que te quería decir. ¿Por qué me preguntás eso, de la homosexualidad? ¿Qué tiene que ver?

–No, nada, fue sólo una pregunta. Vos me decís que hay cosas que no querés contar y entonces yo te pregunto.

–Sí, no, pero no tiene nada que ver, no entendiste lo que te estaba diciendo... Yo digo que lo que no puedo nombrar ni yo sé lo que es, si no podría decirlo, podría hablar de eso, o vos terminarías sacándomelo, tarde o temprano, aunque yo me opusiera conscientemente, terminaría saliendo, aparecería.

–Claro...

–Bueno, y yo lo que te quiero decir es que para mí eso no aparece o por lo menos no apareció, porque creo que su naturaleza es justamente ésa, la de ser algo que no tiene palabras que puedan expresarlo, algo que no tiene la propiedad del lenguaje.

–¿Qué es eso que no me podés contar, Inesia? ¿Y por qué decís que me mentís?

–¡No! No digo eso, no dije que te mienta...

–Sí, dijiste eso, Inesia, dijiste exactamente "Norma, no quiero venir más porque me parece que te miento".

–No dije "te miento".

–Sí, Inesia, dijiste exactamente eso, lo anoté acá porque me llamó la atención...

–¡Bueno, no sé! Puede ser que te haya dicho "mentir", pero es una forma de decir, lo que te quería decir en realidad es esto que estoy tratando de explicarte, que no es que te miento. Digo que siento que en un punto ya no sirve, porque yo puedo hablar de un montón de cosas, podemos hablar de un montón de cosas y está bien, me hace bien, no digo que no, por eso vine, eso no lo discuto, pero después ya hay otro nivel, más esencial, al que yo siento que no se puede acceder, que es más impenetrable, que de ahí no te puedo decir nada, porque apenas si yo puedo como asomarme, como intuir lo que hay ahí, puedo verlo de lejos, como difuso, pero no puedo intervenir, es como si asistiera a una operación desde esas cúpulas de vidrio, como que veo la sangre, veo los instrumentos, veo el cuerpo, veo mi cuerpo y veo que hay manos que accionan sobre él, que tratan de corregirlo, de enmendarlo y yo no puedo hacer nada, puedo gritar si quiero, pero nadie me escucharía; si golpeara el vidrio a lo mejor llegarían a oír esos golpes secos ahí abajo. Pero no levantarían la cabeza, no se distraerían de lo suyo.

–A mí me llama la atención esto que decís, ¿no? Digo, lo de la sangre, el cuerpo... ¿En qué te hace pensar?

–No, no sé, nada, es una imagen nada más, para explicarte esta sensación, lo que te quiero decir... ¿Por qué me preguntás?

–No, yo digo, ¿no? Vos me hablás de sangre, de una operación... No es casual, ¿no? ¿No operaron a tu abuela hace un tiempo?

–Sí, sí, yo te conté... No, pero, ¿qué tiene que ver eso? No estoy hablando de una operación, eso era sólo una ima-

gen, podría haber sido cualquier otra cosa, de lo que te hablo es de lo que no te digo si te estoy hablando de esto, de la sangre y de la operación, si te lo digo así como si fuera una metáfora es porque no es un problema, si te lo estoy diciendo, es porque no es un trauma, si fuera un trauma te diría, no sé, cualquier otra cosa, te hablaría del teatro y del horror o de la impresión que me da el telón púrpura y te hablaría de eso, del miedo que le tengo a actuar, a que se me caiga el telón encima, no sé, porque el telón me da impresión y en realidad lo que pasa es que me trauma la operación de mi abuela y el púrpura de la sangre y no me di cuenta y no te lo puedo decir y entonces te hablo del telón. Pero si te estoy diciendo sangre y operación no es porque tengo un problema con la sangre y la operación, eso es una imagen, una idea, para que entiendas esto que te quiero decir.

–Bueno, por la forma en la que te ponés, a mí no me queda otra posibilidad que pensar que sí te pasa algo con el tema, aunque vos te empeñes en negarlo, porque de otra forma no se puede entender que te pongas así. ¿Qué es lo que te enoja tanto, Inesia?

–¡Nada! No, no importa, no me enojo, no importa...

–Mirá, Inesia, a mí me parece que llegamos a un momento importante de tu análisis, que hay cosas que recién estamos empezando a ver y que sería una lástima interrumpir justo ahora, no sé, yo no te voy a decir que sigas, eso lo tenés que decidir vos.

–Mmm...

–Bueno, es la hora, Inesia... ¿Qué hacemos? ¿Te veo el martes?

–No, Norma, voy a dejar, aunque sea por un tiempo. Quiero ver si puedo sola.

Pero supongo que lo peor de todo, el problema de fondo es todo este asunto, lo que llamo "lo cultural", lo que me consume. No puedo sostenerlo, ya no, ya no puedo sostener los medios y el colectivo, eso, los medios de transporte por ejemplo. ¿Cuántos más? ¿Cuántos más van a tener que ser? Y cuántos habrán sido ya... ¿Y los conocimientos? ¿El conocimiento impartido? ¿Qué con ese tipo de aprendizaje? ¿Y qué de no encajar? Siempre la misma estructura de análisis y es absolutamente enloquecedor, ensordecedor, y la cultura, el hombre, la mujer, el abrazo, el cine, los encuentros, los intereses, los amigos, el pasado, todos los pasados juntos y la señora de cuarenta que veo en el tren y que para mí tuvo y tendrá siempre cuarenta, porque para mí nace y muere en ese instante y ella que en este instante a lo mejor debe creer siempre haber tenido cuarenta, de otro modo no estaría tan tranquila... Igual que yo que actúo como si siempre hubiera tenido la edad que tengo y eso no es otra cosa que miedo, miedo a estar sentada como esa abuela y pensar que siempre fui abuela o peor, ser una señora de cuarenta que mira con envidia a otra veinteañera, también es eso la cultura, no la soporto. La ropa y los horarios, los fines de semana, los trabajos, la ambición el desarrollo el crecimiento los logros el teléfono la memoria la computadora la noche la mañana las vacaciones el descanso el recreo el esparcimiento el evento las fechas la

hora el funcionamiento el caos ordenado la queja el reproche los manejos la repetición la repetición la repetición la repetición la desilusión y lo peor, lo peor de todo, la esperanza que asoma de tanto en tanto. Siempre queriendo que me lleven consigo o que me olviden, un acto fallido: que me obliguen a quedarme y entonces un retroceso como aquél cambió el rumbo de mi decisión, tal vez porque nunca hubo tal cosa y entonces sólo pienso, sólo me queda concluir que tengo un espíritu débil, tal vez sea sólo y simplemente eso y tengo un espíritu débil incapaz de, en efecto, realizar algo. Llevar a cabo, ejecutar. Sólo sé que me siento asfixiada, muy asfixiada y que todo me resulta titánico, un movimiento inmenso imposible de hacer y entonces me acomete el sueño, eso, otra vez el sueño y es tan claro y tan evidente y tengo tanto miedo que me quiero ir muy lejos para despertarme de una vez por todas, de ser eso todavía posible. Noto que mis pies pueden no hacer ruido al pisar y lo compruebo con cierta alegría melancólica como casi todas las alegrías, una especie de recuerdo de sí mismas. Es tan simple como sentir que por momentos no encajo y en otros encajo demasiado y eso me desconcierta y atemoriza, por momentos todo por hacer y después otra vez el vacío absoluto y yo y el retorno de la eterna pregunta o el eterno retorno de la pregunta o la pregunta del eterno retorno y leo apuntes que describen períodos pasados –todo muy interesante y pintoresco– pero lo que a mí realmente me preocupa es no poder soportar la cultura, los intercambios del modo en el que fueron establecidos y toda esta patraña individualista de sentirse especial cuando ahora me siento como el hombre entre las rejas en el tren hundido bajo el agua en *Europa* y cuento los números regresivos, la cuenta regresiva, pero no, eso tampoco es cierto, porque de ser así sentiría mucha paz y no es el caso en absoluto, todo lo contrario, es más

bien algo así como la resurrección del revoltijo y cuando me siento así no puedo ni escuchar música ni leer ni mucho menos escribir, sólo puedo escupir estas palabras, es lo único que puedo hacer, esto o dormir. Entonces pensarlas, pensar todas las cosas juntas todas a la vez, se superponen paradigmáticamente, no hay linealidad o al menos ésa es la sensación como un aleph enloquecido (¿no es increíble que en el caos el tipo eligiera ver un pecho y el cáncer en el pecho?) y en cuanto a este concepto estoy teniendo algunos problemas: ¿qué hacer si ya ni siquiera puedo confiar en mis sensaciones, todo lo contrario, si debo temerles? ¿Qué si no hago más que equivocarme una y otra vez, una vez tras otra ahhh siento el ahogo no aguanto más no aguanto más no aguanto más no soporto ni un minuto más ser yo misma acá conmigo ahora en este momento en todos los que pasaron y en la proyección de todos los que faltan, y lo imperfecto de esa proyección. No puedo más y ¿por qué tanto tormento? Tampoco puedo entenderlo y todo eso que intenta regenerarte Norma que, está bien, pero creo que sólo querés regenerarme y ¿para qué? Para que vuelva a creer en ¿qué? Dijo que para vivir (soportar la existencia, leo yo) era necesario llevar un velo frente a los ojos y que el mío estaba descorrido y nuestro trabajo, el que nos convoca, consistiría en volver a correrlo, ponerlo en su sitio, para que pueda seguir viviendo. Ja. La mujer velada. Hay algunos que toman medidas al respecto y se hacen una vasectomía, otros tienen suerte y apabullan a la audiencia con sus proyectos –una infancia y un futuro promisorios– y otros, después de años de trabajo, viajes y reconocimiento ven su mente alterada por alucinaciones producto ya no del genio, sino de la metástasis que comenzó a hacer lo suyo en el cerebro.

–Y hoy me levanté con una angustia tremenda, me desperté con una piedra en el pecho y no pude remontar, me desperté llorando.

–No... Ana...

–Sí, horrible, no aguanto más... ¿Tenés un rato, Ina?

–Sí, Ani, decime... ¿Pasó algo en especial?

–No, en especial no, pero se ve que soñé algo, no sé, algo angustiante, no me acuerdo y cuando me desperté ya no podía parar y estuve todo el día así, ni me podía levantar de la cama... Hasta que vino mi hermano, pobre, y me encontró así, que no podía reaccionar y él se me puso a hablar y me habló y me habló y bueno, en un momento me empecé a tranquilizar, pero fue un horror.

–Un horror, Ana, pero ¿qué onda? ¿Pasó algo? ¿Fue por lo que te dije el otro día? Después pensé que por ahí había exagerado un poco, te quería decir.

–No no, no tiene nada que ver, después estuve bien, pero es así, igual ya no venía muy bien, tenía unos momentos buenos, pero después ya me empezó a aparecer la oscuridad de a poco y al principio todavía la podía controlar, pero ya el otro día no, la otra noche, que te dije que no podía dejar de llorar.

–Ah, sí...

–Y bueno, nada, es eso, después estoy mejor unos días,

pero me vuelve y ya lo de hoy no lo puedo soportar, no lo pude soportar... Me doy cuenta que me cuesta tanto vivir a mí... Hay un montón de cosas que quiero hacer y después no puedo, me gana el miedo y hasta las cosas más comunes que hacen todos, me resultan imposibles de pensar, imposibles, ya ni soporto la idea de salir a la calle, no sé cómo hace la gente para vivir... Yo no puedo, no puedo no pensar, no soy así, no me sale, yo me despierto a la mañana y lo primero que hago es pensar; pienso en el día, en las cosas que tengo que hacer, que tendría que hacer, que tendría que conseguir trabajo, me tengo que ir de mi casa, la relación con mi vieja ya no se sostiene, no da para más y es su casa, así que yo no puedo decir nada, porque es su casa pero ya no aguanto más, sé que me tengo que ir, no puedo vivir más ahí yo, me voy a morir ahí. No sé, y me había entusiasmado con lo de irme, pero no puedo, pienso, sé las cosas que tendría que hacer, pero no puedo hacerlas, no puedo hacer, es eso, me cuesta tanto la vida, me termina ganando el miedo; pienso en todos los pasos que tengo que hacer para cada cosa y así no puedo ni empezar y me quedo en mi cama, y no salgo, no puedo ni salir de mi cama, no puedo salir de mi cabeza, de repente el mundo me aterra, ¿ubicás la sensación?

–Sí, Ana, claro...

–Es horrible, me pongo a pensar que ya tengo veintiséis años, tengo veintiséis, boluda, y no tengo un trabajo y miro mi vida y pienso que no hice nada, no hice nada importante en mi vida, y quiero que me pase algo bueno, alguna cosa buena, algo que me salga bien, bah, no digo que no haya hecho nada, en realidad es más como que para los demás no hice nada, no sé, no digo que no haga nada, que no haya hecho nada, hice cosas, pero no sé... Me empieza a agarrar el miedo a la locura.

–No seas boluda, Ana, sabés que si te parás en esa forma de pensar no tenés salida, que no te sirve de nada. ¿Qué le vas a hacer? Sí, hay gente que la pega a los veinte, otra a los cincuenta y otros, la mayoría, no la pegan nunca... No sé, la verdad es que también depende de lo que para vos signifique pegarla, no sé, yo a esta altura ya no sé tampoco, depende de lo que signifique para vos haber hecho algo, me parece que en ese sentido hay que ser por un lado más generoso y también más sincero con uno mismo, no sé, más humilde... No sé, me parece que si pensás tanto en la finalidad de las cosas, como que lo que en realidad querés es el reconocimiento pero no querés trabajar o no sé si trabajar, si no te bancás recorrer el camino que te lleva a algo, a hacerlo, es medio fácil, no sé, me parece que no es así, Ana.

–Ya sé.

–No sé, me parece que tenés que ser un poco más generosa y seguir haciendo lo que te gusta, por lo menos tenés la suerte de saber qué es lo que te gusta hacer y estar haciéndolo y nada, empezar a resolver las cosas que te angustian pero una por una, boluda, no enloquezcas... Nada, hay que laburar, y si después encima te va bien, mucho mejor, y si el reconocimiento tiene que llegar, ya llegará y si no llegarán otras cosas, qué sé yo, o no llega nada, no sé.

–Sí, ya sé, yo entiendo lo que me decís, pasa que cuando me angustio mucho pienso que ya no me va a pasar nada interesante, que en el mundo no hay nada para mí, nada esperándome, y después pienso que por ahí sí hay algo y me da lo mismo, también me da lo mismo, porque todo es lo mismo, porque igual la idea de la vida me resulta una idea, una carga insoportable, no sé si voy a poder.

–Bueno, Ana, mirá, no sé qué querés que te diga: sos inteligente, sabés que si querés pensar así no te voy a poder

convencer de lo contrario porque es cierto, porque es todo lo mismo, eso no te lo puedo discutir, y sin embargo después hay momentos que te hacen pensar que igual está un poco bueno vivir, aunque sea por esos instantes... Y esos momentos los tiene todo el mundo y vos también los tuviste, y si ahora no te está pasando es porque no estás pudiendo ver, porque te encerraste, estás ahí, necia, y no querés escuchar y así no es... Como ese pensamiento boicoteador de que ya tenés veintiséis y que no hiciste nada... ¿De qué te sirve, Ana? Si lo querés pensar así, nada, puede ser que sea cierto y ¿qué? ¿Qué ganas? Pensá de ahora en adelante, no sé, me parece que después en definitiva no es todo tan lo mismo, que no da todo tan lo mismo, no sé qué decirte, es así, no hay otra, no hay muchas opciones y no creo que tengas muchas ganas de morirte.

–No sé, ahora no, justo ahora no estoy pensando en matarme, pero igual la muerte es una opción que me tranquiliza... Saber que existe como posibilidad y que puedo recurrir a eso en cualquier momento me tranquiliza, me da paz.

–Mientras sea así...

–No, en serio, ahora me parece mucho peor la idea de la locura que la de la muerte, al contrario... Pero la locura sí, la locura me da terror, te juro que por momentos siento que estoy en un borde peligrosísimo. El otro día tuve un ataque histérico.

–¿En serio me decís?

–Sí, estaba en lo de Julia a la tarde y estábamos charlando con la madre, ahí en el departamento, y nos pusimos a hablar de la locura y estábamos hablando de eso, y en eso yo empiezo a sentir como que la cabeza me habla y como que me empieza a decir "vos también estás loca y ellas no lo saben, vos también estás loca y ellas no lo saben" y así, y a

la vez me empezó a dar miedo que ellas se dieran cuenta y empiezo a sentir como que me baja la presión y se ve que me puse blanca, porque me empezaron a preguntar si estaba bien, me decían "¿estás bien?" y como que yo no podía responder, como que estaba encapsulada y ahí empiezo a sentir que no podía mover las piernas y me quería ir, pero no podía mover las piernas.

–Qué horror, a Violeta le pasó lo mismo.

–¿En serio, lo mismo? ¿Cuándo?

–Hace poco, sí, es histeria eso, a ella le pasó un día que estaba discutiendo con Adrián y de repente se le entumecieron las piernas, como si se le hubieran muerto y se cayó ahí nomás al piso, se cayó al piso y no se podía mover.

–Qué horror...

–Sí, tremendo. Después el médico le dijo que eso era histeria, la fueron a buscar en ambulancia, ella estaba muy asustada, porque no entendía lo que le pasaba.

–No, bueno, yo no me llegué a caer, pero me quise ir a mi casa y me querían pedir un taxi y yo me negué y me tomé el bondi.

–¿Te fuiste sola en colectivo? Estás loca, boluda.

–¿Qué iba a hacer? Me daba más miedo tomarme un taxi.

–Qué locura, che... ¿Y tu psicólogo qué dice?

–No, nada, que es angustia, que debo estar angustiada... Yo ya no sé, yo ya no creo más nada, para mí que es endógeno.

–¿Endógeno?

–Sí, no sé, genético...

Colchonetas sudadas

"Inesia es muy intensa, parece un soldadito de plomo." Norma *dixit.* No me llamo Inesia, Inesia es un nombre difícil de recordar. A partir de ahora voy a llamarme Nesia, que es casi como si pronunciara rápido Inesia. Nesia y ausencia de apellido. Tensa y verde como un soldadito de plomo. Belicosa dicen otros. Verde, belicosa e intensa. Plantada sobre el parquet. Un soldado de tricota roja de mangas abuchonadas. Un soldado intenso que viste una tricota. Una intensidad que se vuelve contra sí misma, que se autofagocita. Los ojos no mienten, los ojos no engañan, se puede hablar acerca de los ojos. Un soldadito bien plantado de cara intensa y poco discurso, que hubiera querido ser bailarina y asistir a sus clases de rosa y ya no de rojo. Y subirse al subte en tutú y recorrer los vagones soportando la otredad, lo otro, soportando siempre la mirada, con el bolso al hombro, porque asistiendo a su clase de baile puede ver el mundo a unas puntas del piso. Pero como soldado los talones tuvieron que aprender a ser uno con el suelo. Firmes y bien apoyados. La mirada hacia afuera... Siempre proyectando. Cuando ella todavía no era soldado y todavía jugaba sin saber que también ella era jugada e impulsada por arbitrariedades, alineaba los soldados y hacía filitas. Aparentemente este otro jugador dejó su pieza de roja tricota olvidada en un cajón y poco puede importarle ya que el solda-

dito haya aprendido a proyectar la mirada, a sostenerse en el espacio. En el fondo del cajón nadie puede dar crédito de eso. Las mangas abuchonadas le dan un aire naif, pero su mirada es intensa. ¿Habrá de destacarse? No todo es tan oscuro, o al menos eso es lo que me resta creer. Todos nos atomizamos y salimos disparados en cualquier dirección. Despedazados por mil partes. Y todos mis fragmentos juntos jamás darían yo. Ya no ves a las mismas personas ascendiendo por la escalera caracol, tus gustos musicales cambian y el turno noche no siempre está bien visto. El teléfono público sigue inmune a lo que puedas reprocharle e indiferente a tus rechazos. De haber sabido, nada de esto hubiera sucedido. De haber sabido que no era posible reencarnar siempre en uno mismo, no me hubiera sentado en el baúl del auto, ni pintado los labios de la muñeca de plástico con marcador naranja en el pequeño jardín de adelante. De haber sabido, no habría vestido minifaldas ni remeras estampadas con motivos de ratones naranjas y verdes ni circulado por halls de pisos encerados. Sistemáticamente. Ni soportado domingos de Pascua de rocío, humedad, rosca con higo y huevo, ni zapatos abotinados de dudoso estilo. La palabra criatura gritada con los ojos bien abiertos y luego el desconcierto. Así es que funciona la mente. Así funciona mi mente. Fusiona mi mente. Ni las fiestas ni los especiales, ni la música, los bancos individuales, el frío en las rodillas, ni la imaginación. *Gone with suicide, which is deeper than death.* Ni el audiovisual, ni el perfume caro por demás, los desayunos de cumpleaños, las yemas de unos dedos en mi espalda, el paraguas verde con cositas, los cordones, ni el horror a los payasos, esos hombres siniestros y siniestros –la violencia del reír– ni la leche caliente, la música cursi, el fanatismo, las zapatillas reas, ni el deporte, ni la ambición, las re-

compensas, el paseo siempre fraudulento, ni la plaza con el temible Sarmiento en piedra. Ni las empanadas con pasas, ni los pelos de mi hermana en mi mano y mi piel bajo su uña, ni el control remoto, los anteojos de mi abuelo, la pupila dilatada, ni hamacas vertiginosas, ni el acto heroico de mi hermana ni mi cobardía, ni el aromo, los bandos, la traición, el placer por la traición, ni la incomprensión por el placer de la traición, ni el alambre de púas en mi cara, la hamaca en la frente de mi hermana, el portón en la frente de mi hermano, ni el dedo de mi hermana en el piso junto al mío en la luz, en la corriente de la luz y el clavo en mi brazo y otra vez la frente de mi hermano, pero esta vez sobre la vereda y la pierna de mi hermano en un poste y un bote en la cabeza de mi hermana y esquirlas en la rodilla de mi hermana, ni piedras en la panza de mi mamá, ni conejos que pasan a mejor vida, abuelos que van a comprar pan, ni la carpeta en la mejilla de mi hermana, ni colchonetas con olor a sudor, magnesio y traición, ni cartas apócrifas, ni vasitos de la paciencia, ni travestis educadores, ni bombacha de directora, ni risa cómplice y maliciosa, muy maliciosa, ni indisciplina, ni disciplina, ni musgo, alquitrán, palotes, masturbación ni sandwich de jamón y queso. Rompí todo, fui rompiendo todo pieza por pieza: pisé bloquecitos, rapé *barbies*, remordí olores, reemplacé sábanas de *Ico* por otras lisas y los eché a todos, uno por uno, sin sentir pena nunca.

–Es como lo del falso Disi... ¿Eso te lo conté?

–No, no sé, ¿qué, Ina?

–No... Se me ocurrió porque tiene que ver con eso también, bah, es como eso, como querer hacerte famoso llevado al extremo, pero en un punto es lo mismo.

–¿Qué de Disi?

–Nada, muy gracioso... Un verano que estaba en Gesell, una vez que fui así medio de colgada con una gente del secundario, estábamos ahí en la peatonal a la noche y había varios grupitos, todos de adolescentes, como en el horario de antes de entrar al boliche y bueno, estábamos ahí y de repente vemos que viene Disi por la peatonal, solo, medio fisura, así, con una camperita rompevientos, algo así, y venía caminando despacio, como mirando a ver si alguien lo reconocía... En eso unos flacos de otro grupito le gritan "¡Disi!", y el flaco no dudó ni un momento, se ve que era lo que estaba esperando, y se fue directo hacia los pibes éstos y como que el resto de los grupitos nos fuimos acercando también, no teníamos nada que hacer.

–Qué fisura.

–Sí, pará, el tipo agarra y saca una cámara y un montón de albumcitos de fotos que traía encima.

–¿Te sacaste una foto con Disi?

–No, pará, mucho peor, el flaco se sacó una foto con un par de grupitos y después le empezaron a pedir autógrafos y él los firmaba.

–¿Y?

–No, nada, que no era Disi, era un flaco cualquiera que era igual, idéntico a Disi y se ve que andaba por los balnearios esperando que lo reconocieran y llevaba la cámara esta para sacarse fotos con los falsos fanáticos, ¿entendés? Con la gente que lo reconocía por la calle... Tenía álbumes y álbumes llenos de fotos de él con desconocidos; un montón de grupos abrazando al falso Disi. ¿Entendés? No, pará, y lo mejor es que nosotros también le pedimos un autógrafo, fue uno de los chicos y le dijo "Disi, Disi, ¿me firmás un autógrafo?", y nos firmó uno que decía "Te quiere, Luis Ollino"... Todavía me acuerdo del nombre, Luis Ollino... ¿Entendés?

–Es increíble...

–Increíble, pero buenísimo... El tipo salía a la calle esperando que alguien lo reconociera falsamente, encima, coleccionaba las fotos ¡y te las mostraba! ¿Entendés? Para que vieras la cantidad de gente que había creído reconocerlo y lo mejor es que no se hacía pasar por Disi, sino que te firmaba con su nombre...

–Ollino.

–Sí, una locura, cada vez que me acuerdo me pregunto qué habrá sido de Luis Ollino.

–Eso sí, Ollino tenía su porción de fama, eso hay que dejárselo.

–Sí, qué loco eso, ¿no? Esa necesidad de ser querido por la mayor cantidad de gente posible.

–Bueno, querido...

–Sí, bueno, tal cual, de eso se trata, pero supongo que

es por eso que uno quiere ser famoso, ¿o no? ¿Cuál es la lógica si no?

–Sí, no, supongo que la de la fama mediática es ésa, ¿no? Pensás que de alguna forma sos interesante y que tendrías que poder ser conocido por la mayor cantidad posible de gente, algo que en una vida común no te podría pasar... Sería difícil llegar a ser conocido, o reconocido más bien, por tanta gente.

–Sí, es raro, porque igual no deja de ser medio virtual en cierta forma, en el sentido de que tampoco es gente que vos podés ver, palpar o aprovechar para lo que sea, para no estar solo, qué sé yo, para que te quieran.

–Sí, por ahí tiene que ver con tratar de que te recuerde la mayor cantidad posible de gente cuando te mueras, qué sé yo, no sé, no se me ocurre, es medio ridículo si lo pensás así.

–¿Vos querías ser famosa, Viole?

–Sí, obvio, le pedía a mi vieja que me llevara a *Festilindo*, practicaba todos los días.

–¿Y qué onda?

–No, no me quiso llevar ni en pedo, probablemente tenía más objetividad respecto a mis dotes o falta de dotes como cantante, qué sé yo, además me decía que no le gustaban los padres que llevaban a sus hijos de acá para allá para que triunfen, como en un circo... Que si yo quería iba a elegir ese camino por mí misma, qué sé yo, que el ambiente de la tele era feo, no sé, lo típico... ¿Vos?

–Sí, obvio, también, pero me sacaron cagando... Después igual siempre pensaba que un día me iba a descubrir un productor en el supermercado y que iba a decir "ésa es la chica que estoy buscando".

–Sí, lo típico, se ve que vendían ese tipo de historias,

¿no? Como los de *Festilindo*... No sé, Lorena Paola era gorda pero tenía carisma y salió de ahí, ¿no?

–O Pablito Ruiz, que era Pablo Coronel.

–Sí, boluda... Me acuerdo, que tocaba la armónica. Totalmente... Tenía algo, a mí me encantaba... Después se fue a la mierda.

–Ahora creo que está en Puerto Rico o algo así, o República Dominicana, no sé, en algún lado leí que la pegó por ahí.

–¿Será verdad?

–Qué sé yo... Puede ser... Cuánta mierda consumimos, ¿no? ¿Nos habrá hecho un daño irreparable?

–No sé, creo que después de un par de tardes de *Jugate Conmigo* o *Montaña Rusa* no volvés a ser el mismo.

–Puede ser...

Alevosamente estafada

Pienso, el otro día pensaba en la ancianidad. Veo a mi abuela tan ida desde hace tanto, que ya se fue hace tanto, contando alguna anécdota remota al azar, como el otro día que animada por mi vieja contó que cuando su hermano mellizo y ella llegaron al puerto de Buenos Aires ahí por el veintipico, estaba su padre, el de ellos, mi bisabuelo Johann, que se había adelantado, que estaba esperándolos en el muelle con un sobretodo, sin duda imponente, y al recibirlos abrió su abrigo y en los bolsillos internos llevaba bananas... Habían dejado atrás, qué raro, los olores, todo, claro, dejaron de oler lo que olían, papas asadas, para pasar a oler bananas, qué raro, viéndolo así resulta tan raro, tan absoluto, después de dos meses en altamar.

Pero lo que en realidad quería decir era lo de los ancianos. El otro día pasé con el colectivo por un geriátrico y desde mi ventanilla se veía una sala, era jueves por la tarde y en esa sala había viejas sentadas, encorvadas en sillas contra la pared y pensé, por primera vez, en el horror de morir junto a viejas desconocidas, morir junto a viejas que se conoció apenas unos meses atrás y eso me lleva a mi primo que el otro día me contó que mi abuela está muy bien en el geriátrico, pero que prácticamente no interactúa con los otro viejos, y entonces recuerdo las fotos, todas esas fotos que vi, de mis abuelos tan jóvenes, her-

mosos y afortunados y no puedo entender nada o en realidad sí entiendo, entiendo demasiado bien de qué viene la cosa... Sí, mi abuela fue todo eso y se encontró con mi abuelo tan buen mozo y silencioso y una hermosa familia y ahora no interactúa con los otros abuelos, dice que son aburridos, que no quieren o no saben jugar a la canasta. El otro día cumplió años y un viejo que toca la armónica le dedicó unas canciones y ella ni lo miró, como si no existiera y otra señora balbuceó que se aburrían porque el señor siempre tocaba los mismos temas. Entonces pensaba en eso, en que mis abuelos se amaron terriblemente (creo) y ahora mi abuela ya no quiere hablar... No lo puedo entender o en realidad sí entiendo todo muy bien y sus hijos hablan de ella y del geriátrico como si hablaran de un niño en un jardín de infantes y le regalan cosas horribles y menores para personas que ya no tienen nada que esperar. El otro día mi papá me contó que mi abuela se pone tres collares, supongo que queriendo demostrar con eso que su mamá está mejor que nunca cuando lo único que dice mi abuela en sus visitas cuando le preguntan cómo está es: ahora bien porque estoy con ustedes. Ja, chupate esa mandarina. Y veo las señoras viejas que van en el tren o por la calle y me pregunto cuánto tiempo tardarán en vestirse, cuánto en abotonarse la camisa, si no tienen quién las ayude, y entonces me viene que todo este pelotudeo cultural de ver quién te gusta y quién no cuando sos joven no es otra cosa que el tema de la reproducción complicado a miles de grados; no es otra cosa que la misma frase que debo haber leído por primera vez hace tantos años ya, en el manual *Kapelusz* de ciencias naturales, sin saber, sin siquiera poder imaginar lo que me estaba siendo revelado: nacer, reproducirse y morir, ésa es la

cuestión. Y esas viejas saben que no esperan nada, saben que ya no esperan nada, porque no hay nada que esperar. Lo saben y así la vejez es una reverenda cagada, la ancianidad así es una reverenda cagada ergo la vida es una reverenda cagada y a mí nadie me preguntó, nadie me explicó las reglas del juego antes de empezar a batir los dados y acá estoy como una imbécil y me siento agresiva y alevosamente estafada y ¿a quién reclamárselo? Eso, ¿a quién? Siempre pienso mucho en Córdoba y me acuerdo, en ese momento estaba tan segura, iba a casarme con mi primo, íbamos a construir una casa en ese monte, yo iba a escribir, iba a ser escritora y eso era todo. Creo que en esas mismas vacaciones me rompí el labio y me dio miedo decirlo, porque pensé que mi mamá me iba a retar y entonces anduve toda la mañana con la mano sobre la boca hasta que ya fue demasiado obvio y cuando se dieron cuenta me retaron por no haber dicho nada y andar todo el día con la mano sobre la boca y el labio partido. El otro día también me acordé del episodio del club, de asomarme a la ducha de los hombres y verlos desnudos y que me gritaran y después pensar que me iban a castigar terriblemente o a denunciar frente a todos –hete aquí la fisgona– y no quería ir al club y cada vez que sonaba el teléfono temía que fuera alguien que le contara a mi mamá lo que había hecho su hija y entonces pienso en *¿Quién te mandó a matar?* y en cómo y cuánto me perturbó esa película, noches y noches de pánico recordando las alucinaciones de Helen, la pila de cadáveres infantiles, el dedo en el ventilador, los conejitos decapitados desangrándose en su jaula y Helen, la asesina, subiendo las escaleras con un crucifijo a sus espaldas. Espeluznante.

Sueño.

Intento manejar un auto, no sé hacerlo, no salgo de primera porque no me atrevo y ahí me quedo hasta que subiendo una colina tengo que frenar y ya no sé cómo arrancar y me las veo negras. No quiero preguntar, porque se supone que tengo que saber cómo se arranca si ya venía manejando, así que uso la función bicicleta del auto y avanzo pedaleando como si se tratara de un karting o algo así, pero es el mismo auto. La gente me ve pasar y supongo que supone que está descompuesto. Más adelante encuentro a mi hermano que me dice que también es fácil cargarlo y así lo hacemos, nos vamos caminando por la calle cargando el auto sobre nuestras cabezas.

–No, dejé de ir hace unas semanas ya.

–¿En serio, Ina? ¿Por qué?

–No, porque no me cabía más... En realidad ya quería dejar hace rato, pero no me animaba a tomar la decisión, o le decía, pero después, cuando terminaba la sesión, la mina me decía "bueno, ¿qué vas a hacer?". Así, haciéndose la *cool*, y yo decía "bueno, vengo el martes".

–Ay, sí, a mí también me re-costó dejar... La mía se hacía la que no registraba, como que le decía ni bien llegaba y ella me decía bueno, o me hacía otra pregunta y después, cuando terminaba la sesión, se hacía la que no se acordaba, o no sé, pero me saludaba como si nada, hasta la próxima y era tan impune que un par de veces me fui sin decirle nada, y a la próxima me daba vergüenza repetírselo, porque ya se lo había dicho y así...

–Tal cual, te engatusan.

–Sí, con ese jueguito me cagó como un mes.

–Pero dejaste.

–Sí, al final un día no fui más, como que directamente falté a la sesión y no atendí el teléfono en todo el día.

–Y, ¿te llamó?

–No, no sé, ese día creo que no, me llamó unos días después, cuando medio ya me había olvidado y peor, porque me agarró desprevenida y atendí yo, casi me muero.

–¿Y, qué onda?

–No, bueno, ya estaba medio claro que no iba a ir más, no sé qué le dije, sé que fue medio violento, me terminó diciendo algo así como "bueno, espero que tengas suerte", pero así, con muy mala onda, casi como si me estuviera echando una maldición.

–Un horror...

–Sí, boluda, al final mi psicólogo se había convertido en mi peor pesadilla, un horror.

–Un horror, sí... No, la mía nada que ver, la mía sostuvo la *cool* todo el tiempo, muy en la línea "el que se va sin que lo echen, vuelve sin que lo llamen", esa onda, no sé si no me dijo eso incluso.

–Medio una maldición entonces también.

–Sí, puede ser, ¿es un poco mala onda, no?

–Y, sí.

–Bueno, me chupa un huevo, igual la re-deliré en la última sesión.

–¿Por qué, Ina?

–No, no sé, porque empecé a decir algo así como que en realidad nunca le había dicho la verdad, que siempre le había ocultado cosas, no sé, como que le mentía.

–No, boluda...

–Sí, no sé, como cuestionando la terapia en sí, como que cómo podía saber ella si lo que yo le contaba era cierto, o si ella partía de la base de que soy una buena persona, no sé, una fruta así.

–Y la mina, ¿qué onda?

–No, no sé, al principio no entendía lo que le quería decir, como que entendió que le oculto cosas o no sé, se puso medio tenso todo en un momento, pero no sé, al final igual le dije que quería ver sola, no sé, ojo, me re-sirvió, ¿eh? Pe-

ro ya fue, dos años está más que bien, es un buen tiempo, vi un montón de cosas, pero ya está, no quiero empezar a depender, como que ahora ya entiendo más o menos cómo funciono y ya está, no sé.

–Sí, no da, además siempre que te querés ir te hacen pensar que es justo porque estás viendo algo importante que no querés enfrentar, ¿viste?

–Sí, tal cual, como que te estás escapando... Con ese criterio nunca deben dar de alta a nadie.

–No, yo no sé de nadie al que hayan dado de alta.

–Yo tampoco, es un chamuyo eso, está bien, es así, si sos consciente está bien, durante un tiempo el chamuyo te viene bien, qué sé yo, igual para mí es medio así, como que en realidad medio como que le armás una a la mina, ¿viste? Y ¿cómo sabe si es cierto? No sé, medio como que llevás un personaje y al final todo se empieza a repetir, entrás a funcionar de una forma y la mina te aconseja siempre desde la misma estructura.

–Sí, puede ser medio *danger* incluso... El tipo que tenía antes, me quería hacer decir que odio a mis padres, como que siempre me llevaba para ese lado, me quería hacer pensar que yo lo decía sin darme cuenta, y lo que pasaba era que yo no me permitía admitirlo, no sé, un enrosque así.

–Sí, muy mal... Vos, igual, ¿sentías eso, de estar mintiéndole; o no sé si mintiendo, pero como de tocar lo que le contabas o no sé?

–Sí, más como que vas eligiendo qué contarle.

–Sí, como eso, sí, sería algo como eso, más tocar que mentir, por ahí mentir ya es más fuerte, es más como otra cosa, no sería tanto mentir... Bah, no sé, depende de lo que se entienda por mentir, porque mentir así suena como algo condenable, algo que está mal y que hace daño, ¿no?

–Sí, no sé, mentir mentir es más como otra cosa, ¿no? Bah, no sé, creo...

–Sí, supongo, bah, no sé, como que para mí el mentir va medio de la mano de la imaginación también, ¿no? No sé muy bien cuál es el límite... Como que hay un mentir mentir, no sé, porque hay algo que ocultar, y hay otro más simpático que es más como inventar, ¿no? Como contar algo que no existe... No sé si eso es mentir, es más bien imaginar y no le hacés mal a nadie, ¿no?

–Sí, no sé, depende, supongo, no sé si entiendo muy bien.

–No, eso, pensaba en el mentir más ligado al inventar... Ponele, cuando era pendeja, una vez mi mamá estaba en casa en un post-operatorio, en reposo, y estaba medio hecha mierda... Era raro ver a mi vieja, que es así como hiperactiva, postrada, y bueno, yo tenía un cumpleaños de disfraces –te hablo de la primaria, ¿eh?– y ella me disfrazó de Gretel, con un vestidito así, y me consiguió un Hansel –era una amiga medio grandota que tenía– para que hiciera de pibe y fuimos de Hansel y Gretel al cumpleaños y cuando volví, mi vieja me cagó a preguntas, que cómo había sido, si el disfraz había gustado, no sé, si las demás se habían dado cuenta de que éramos Hansel y Gretel y qué sé yo, de todo... y en un momento me dice "¿y había una bruja también?", y no había habido ninguna bruja, pero no sé por qué en ese momento pensé que si le decía la verdad la mina se iba a desilusionar, porque estaba así, parecía entusiasmada con mi relato y entonces le dije que sí, que mirá qué casualidad que sí había habido una bruja.

–¿Y no era verdad?

–No, pará, boluda, saqué así la mentira de la galera y le dije que Andrea... ¿Te acordás de Andrea?

–¿Andrea "pecas"?

–Sí, ésa, ni había ido al cumpleaños, era de ésas que nunca iban y si iba se ponía a llorar al toque o se meaba, y la vieja la tenía que ir a buscar.

–Sí, ubico.

–Bueno, y le dije que ella estaba de bruja y mi vieja se puso re-contenta o no sé, yo en ese momento pensé que estaba contenta, ahora que lo pienso, a lo mejor lo más probable es que le diera medio lo mismo, pero yo ya me había embarcado y no sé, ya le empecé a contar detalles, me preguntó si la pendeja tenía una escoba y le dije que sí y que se había subido a un banco y se había tirado de ahí, como si volara.

–Cualquiera, Ina...

–Sí, cualquiera, boluda, muy descarada, pero te juro que me producía como dolor pensar en pincharle el globo... Pensé que si le decía que no, la mina se iba a deprimir o algo así, como que le podía hacer mal a su recuperación, no sé, que la iba a decepcionar.

–Muy bueno, pobre tu vieja.

–Sí, no, encima, lo peor de todo es que un tiempo después mi vieja se puso mejor, yo ya me re-había olvidado de eso, y un día me fue a buscar a lo de Andrea, que me había invitado a jugar a su casa, y se ponen a hablar las dos viejas y no sé por qué mierda sacó el tema de este cumpleaños, se ve que le había quedado resonando, y le dice "che, así que la disfrazaste de bruja para el cumpleaños de María...".

–¡No!

–Sí, yo estaba por ahí y dije ¡zas!, cagué la fruta, y me fui medio para adentro, me hice la que no escuchaba.

–No...

–Sí, y la mina la mira raro a mi vieja, como pensando, le

dice "no, si Andrea no fue a ese cumpleaños, creo que estaba con fiebre y no la quise llevar...". Y mi vieja estaba re-convencida, porque claro, imaginate que yo le había dado detalles, así que tenía la situación muy presente y le dice "sí, sí, si Inesia me contó que estaba de bruja y que se subió a un banco y saltó con la escoba...". Y como que la mina no la quería desautorizar tanto y yo estaba por ahí, como haciéndome la concentrada en una maceta, así, con cara de póquer.

–Qué pendeja de mierda...

–Sí, y mi vieja medio como que me mira de reojo y, pobre, insiste y dice "sí, si Inesia me contó, porque ellas estaban de Hansel y Gretel con Gabi y que qué plato, que Andrea había ido de bruja" y ahí ya medio como que la otra mina no sé, habrá pensado que mi vieja la estaba delirando o que le había pegado mal la operación, no sé, y ya como que la cortó más en seco onda "no, mirá, Andi no fue a ese cumpleaños, se quedó acá conmigo, estoy segura". Y ahí ya no dio para más, mi vieja me miró y la tuve que mirar y no la pude caretear más y ahí como que ella me tuvo que justificar a mí, por chamuyera, imaginate qué mal, lo peor habían sido los detalles.

–Muy mal, qué pendeja sanatera.

–Sí, muy mal, y como que encima mi vieja trató de zafar con sentido del humor, así, como que se rió y dijo "ah, me contaste un cuento", o "ah, era un chiste", no sé, cualquier fruta para no hacerme quedar tan mal frente a las minas, y después cuando nos fuimos, me cagó a pedos en el auto, por chamuyera y porque la había hecho quedar como una boluda con la otra mina.

–Yo te mato, boluda...

–Sí, no, muy chamuyera, muy gracioso... Ésa no me la perdonó nunca.

–Y no...

–No...

–...

–Pero, pará... ¿a qué venía esto? ¿De qué estábamos hablando?

Daniel Auteuil diciendo que él vive en el número 22 de una calle –una métafora, se entiende, para chamuyarse a una mina que... ¡vaya que vale la pena el chamuyo!– y mira por la ventana y ve las casas de los números impares y a sus habitantes y cree que son más felices, que sus habitaciones son más luminosas y más bellas, hasta que tiene oportunidad de entrar en una de ellas –qué suerte la de Daniel– para darse cuenta de que no lo son tanto, ni tan distintas ni tan felices, ni tan nada otra cosa, ni las casas ni la gente.

Pienso en Norma y en sus ocurrencias y conclusiones, la recuerdo arriesgando que hago un entrenamiento constante de la distancia; que ejercito la distancia constantemente. Río entre dientes, me ruborizo y asiento, intimidada, sorprendida y agradezco. Y asocia, supongo que algo del distanciamiento o el frío de la distancia, asocia ese comentario acerca de los alemanes y los austríacos, que dice algo así como que para los alemanes nada nunca es grave y sin embargo todo siempre es trágico a diferencia de los austríacos, para quienes todo siempre es grave, pero nunca trágico. Dejo risueña atrás la casa y mastico aún la comparación sobre mi bicicleta. Una vez más sonrío cuando una bola de viento me sostiene entrando a Honorio Pueyrredón y las hojas de plátano se enredan en los rayos. Sonrío y recuerdo tras las lágrimas la máxima "enterrar a la trágica". Y sí. Ha-

ce poco nomás, meciéndome en una cuña de ramas de eucalipto, me preguntaba. Eso, nada, simplemente nada. Un tronco de pino caído, las raíces de un tamarindo y el sol en la cara. Eso y el sol en la cara. Pienso acerca de una posibilidad, *Möglichkeit* de unificar las dos cosas: una urbe más natural o una naturaleza con algo de urbanidad accesible, ajá, porque, ¿qué valor pueden tener las artes escénicas en el medio del campo? *Rien, rien de rien.*

Entonces, la tarta con tu nombre y las promesas de un futuro encuentro en un contexto tan distinto que da miedo, pecando de irreal, imposible, y el temor a imaginarlo y no poder hacerle justicia, y el camino que difiere de uno a otro, el trajín de la partida y la ilusión de la llegada y el que queda sufre hasta que se le pasa, qué le vamos a hacer. No hay futuro y no hay más que futuro, la suma de horas libres, el metro y las distancias que albergan, esos encuentros furtivos (que no llegan a serlo) con esa gente que no se sabe encontrada, que supo ser vista muy lejos de acá, todas esas experiencias impronunciables y compartidas con ese único otro que no deja de alejarse y que ha sido propio durante un período de tiempo... Depender o no depender... Ésa es la cuestión. ¿Qué pensarás ahora? ¿Cómo será tu habitación? ¿Y tu cama? ¿Y tu dormir? ¿Y tu despertar? Puedo amar en general pero no en particular. Puedo amar en general pero no en particular. No puedo hablar, no tengo nada que decir, realmente nada que decir. Al tratar de explicar o describir algo, el ejercicio se trata solamente de ponerle palabras a algo que no (las) tiene, es decir, inventarlo en el momento mismo en el que uno lo nombra. Es ahí donde algo empieza a existir; creo estar creyendo en algo que las palabras mismas me acaban de sugerir. Pero es pura retórica, nada más que eso. Un engaño lingüístico retórica retó-

rica retórica. Me pregunto si todavía será posible el momento acá me quedo para mí, si existirá para mí todavía la posibilidad de sostener algo en el tiempo, es decir: de sostener algo. Me permito dudar y a la vez, *hope*. Insistime hasta convencerme. Por favor, insistime hasta convencerme.

–No, no sé, supongo que lo de *crio* viene del hielo, te queman con hielo, eso es... Bah, no sé si él me lo dijo o si asocié lo del hielo, no sé, yo porque me acordé de Walt Disney, ¿viste que se hizo congelar para revivir después? Eso se llama *crionización* o algo así, así que lo de *crio* debe tener que ver con el hielo.

–¿Te queman con hielo? Qué espanto... ¿Qué es, como hielo seco entonces? Debe ser como hielo seco para que te queme.

–Sí, no sé, igual dijo que no era nada, que me lo hacía en el momento.

–No, seguro, Ina, ni te preocupes... ¿Dónde era que también aparecía eso del hielo? En una película que era medio un delirio que no sé casi al final te das cuenta que lo que viste no era cierto sino que era una ficción que le estaban armando al flaco... Porque estaba *crionizado* o como se llame eso y que era como una especie de *spa* psicológico o de agencia de viajes del marulo, que cuando te despertabas del congelamiento, o no sé cómo era, como en el futuro, no sé, como que te creaban la vida que vos querías, por eso al flaco le empezaba a ir bien en todo y después ya no sabías qué pasaba de verdad y qué no... ¿Cómo se llamaba?

–¿No es la del pancho de Tom Cruise?

–No, bah, la que vi yo era con el otro flaco, el que hacía de gay con Sbaraglia, que quemaban dólares, ¿te acordás?

–Ah, sí, Noriega, sí, es la versión española, *Abre los ojos* se llama... La otra es *Plata quemada*, bastante *hot*... Sí, la vi, pero no había asociado, sí, tal cual, ahí era lo de la *crionización* también... No, yo cuando el tipo me dijo criocirugía al toque asocié con Walt Disney... ¿Estará en el *freezer* todavía?

–No sé, supongo.

–¿Ubicás cómo son esas cosas, no? Son como unos bidones muy impresionantes, como un tanque de agua gigante, como una cisterna, no sé dónde lo vi, creo que te meten ahí en hielo y ahí te quedás, no sé qué onda, teóricamente está buena la idea, el principio más bien, como el flaco ese que encontraron en un glaciar o no sé dónde, que se murió con el rictus epiléptico, no sé, con la boca abierta, ¿ubicás?

–Sí, ¿no era la momia?

–No, me parece que ésa era otra, ya sé cuál decís, que también tenía la boca abierta, no pero ¿ésa no estaba en la puna o algo así? Algo más desértico me parece. Éste estaba en la nieve, no sé dónde, *crionizado*, el principio es el mismo, pero éste ya tenía la piel de suela, ¿ubicás?

–¿Estará así Walt Disney?

–No sé, ni sé si se lo puede ir a mirar a la cisterna, si se puede ir a abrir o si está envasado al vacío.

–Capaz que si lo abrís se hace polvo...

–No, boluda, ésas son las momias, cuando entra el oxígeno.

–Bueno, es lo mismo, ¿viste que les ponen como nombres a esas cosas?

–¡¡Es verdad!! Les ponen como nombres, ¿no?

–Sí, no sé, al hombre de las nieves creo que le pusieron Brian, Benito o Bobby algo así, como bien humillante.

–Como a los animales en el zoológico, que los bautizan los pendejos.

–Sí, boluda, pero acá son científicos, se supone que es gente seria y después los ves hablar así muy profesionales y te tiran una onda "cuando encontramos a Gregory...", y vos ves la cara de suela de la momia y resulta muy poco serio.

–Sí, tal cual...

–¿Cuándo te hacés la operación esta, Ina?

–No, no sé, no es una operación, es con láser.

–Bueno, eso. ¿Cuándo te la hacés?

–En quince días más o menos.

–Che, pero ¿qué onda? ¿Cómo se te hizo eso? ¿Es por coger?

–Puede ser, el tipo me dijo que podía ser por roce, que yo supongo que era un forma sutil de decir por coger, porque me preguntó si estaba manteniendo relaciones, pero me dijo que también podía ser por otra cosa, no sé, por algo mío.

–¿Ves? Si cogieras conmigo no tendrías esos problemas.

–Aaay, no me provoques más, Viole...

–No te provoco, boluda.

–Bueno, no me lo digas más porque un día te voy a decir que sí y te vas a querer matar...

–No te creas...

Tu deseo y todo eso te devora

¿Cuánto puede importarme que ahora crean que tengo veinte años? ¿Cuánto, que crean que ahora tengo veinte años? Poco. Muy poco. Si la diferencia sólo reside en mirar el espejo y verse en el reflejo con más rencor. Oscurita es tu piel, pero ¿qué es lo más oscuro que tenés? ¿Lo más oscuro de todo? Sí. El deseo. ¿El deseo? Me tomás por sorpresa, pero yo arriesgaría el deseo... ¿Pero cómo es eso? El deseo no puede ser oscuro. Entonces desconocés la oscuridad. Tu deseo y todo eso te devora. Te fagocita desde ese lugar inexpugnable que le otorgaste. Esas cosas pasan por estar levantando la vista a cada instante para mirarse en el espejo y ni siquiera poder verse, desencontrarse. La desnudez tampoco tiene algo peculiar. Lo desnudo. Es sólo que es tan blanco e infrecuente. Es el fenómeno de lo infrecuente, de lo esporádico, de lo espontáneo; el lugar de la no-fantasía. No tiñas eso desnudo de oscuridad, de intensidad: la desnudez es boba, no quiere saber nada de todo eso. Tu desnudez nunca fue lo suficientemente blanca y boba. Blanca ni boba. Sé que siempre estabas cubriéndola de signos. Eso es jugar sucio. Eso es desnudo a medias tintas. Así no se te puede inteligir, cubierta de toda esa hierba que deberías dejar pegoteada en la parte interior de la ropa y que adherís a tu piel, logrando ser tan insincera. Entonces cuando tocan se ensucian las manos sin darse cuenta y se van a su casa con los

dedos llenos de nervaduras, tallos y fotosíntesis. Maleza. Deberías saber que no es justo. Esa semi-sepultura no es justa. Creo que sería bueno si pudieras concentrarte en la disipación. Pensá en tus poros, en cada uno de ellos. Pensá cómo se modifica la apariencia de tu piel cuando acercás tu ojo: es como cuando te acostás en el piso y las dimensiones se transforman, es el mundo del revés, tenés que rodear la lámpara para ir hasta la puerta y ahí pegar un salto para poder salir, porque el dintel te llega hasta la rodilla; para mirar por la ventana te tenés que acostar en el piso, y ahí abajo están las nubes. Del mismo modo podés ver la piel y pensar que es linda, que es otra, que está bien y que sería suave verla sin tanta cosa, desmalezada, sin matorral, sin ese polvo que impide acercarse a lo que todavía no es áspero. Tu mirada, entonces, puede recorrer todo. Pensá que es lindo y que está bien. Mirate y creé que está bien. La piel es boba, es cierto, pero es tan linda. Mirala de cerca y disipá el verde poco a poco, rasgá el moho y vas a encontrar algo. ¿Me creés si te digo que debajo del humus sos linda? Vi que tenés una piel muy linda aunque vos todavía no puedas creerme, tan cubierta de todo eso. Todo eso que es verde va a dejar de serlo, mientras que tu piel va a seguir siendo blanca. Creeme si te digo que debajo de la tierra te quiero; quiero todo eso que sos sin hojas. Te quiero tanto sin hojas. Pensate así: con una desnudez sincera.

Creé en la belleza de la sinceridad de tu *desmudez*.

Creé en la sinceridad de la belleza de tu *desmaldez*.

Creé en la *desmalez* de la sinceridad de la belleza.

Intentá mirarte sin flora, porque sos tan linda debajo de todo eso. Y no está bien que nunca pueda ser visto. Eso es tan triste... Ocultar la belleza es algo tan triste e injusto.

Hoy Trudy me mostró la herida.
Sus heridas. Me preguntó si quería ver lo del pecho y le dije que sí. Se desató el nudo de la malla, la dejó caer y lo vi: una cicatriz muy larga y sutil le atraviesa todo el pecho hasta debajo del brazo. Donde antes estaba su pecho ahora no hay nada. Nada más, sólo una cicatriz. Como el pecho de un hombre, pero incluso sin pezón. Antes de eso, hace un par de meses, en el hospital, me había dejado ver la frutilla, la protuberancia, el callo de cáncer por debajo del delantal del Hospital Alemán. Ahora ya no lo tiene y en su lugar no tiene nada. El resto son muchas arrugas y carne que cuelga, pero es sólo piel, casi no hay grasa y lleva bien su cuerpo. Es muy flaca y hoy hasta me pareció linda. De hecho últimamente se arregla. Algo de la edad, parece, como la abuela de Julia que se le insinúa al médico, levantándose la pollera para mostrarle las piernas. Trudy ahora usa vestidos con flores, blusitas y sandalias blancas y se pinta las uñas de los pies. Hay algo en su soltura, en la forma de llevarlo todo que me encanta. Algo de esa alegría es lo que identifico como el germen del temperamento de mamá. Se ve que hoy pensamos en la muerte, no sólo yo, que últimamente vi, miré y observé mucho los cuerpos de mi mamá y de mi abuela y pensé en la muerte y en cómo convenía vestir para amenizar el paso del tiempo, acompañarlo. Y no sólo yo, porque ellos hablaron de las tres muertes familiares. Hacía tanto que no estaba con ellos, merendar con mis abuelos, con los dos juntos, que parecían llevarse bien después de todo, después de cincuenta y seis años de matrimonio. Ja. Y todavía se ríen. Mi abuelo nombró el año fatídico y no dijo mucho más, mi abuela dijo que había estado revisando unas fotos y que en ellas habían aparecido los muertos. Creo que mi abuelo todavía sufre. Y yo los amo tanto, tan-

to tanto, veo a Trudy mecer sus pies en el agua, la veo juvenil así y sonríe y me pregunto si otros podrán verla así, de este modo, tan hermosa, una mujer hermosa en su traje de baño retro, con sus gafas y sus vestidos de *Heidi*, alemanes, rumanos.

–No sé, supongo que depende de lo que sea pegarla para vos.

–Bueno, pegarla es pegarla, Ina, no sé... Igual, no sé, porque son dos cosas distintas.

–Sí, no sé, ¿vos hablás de ser artista o de pegarla?, o sea ¿pegarla en el sentido de ser exitoso o de poder hacer lo que te gusta hacer? Y después además habría que ver a qué se refiere uno con exitoso, si implica ser famoso, o no famoso, pero si tiene que ver con el reconocimiento y en ese sentido el tema del reconocimiento también es algo amplio, porque podés ser reconocido en un círculo muy pequeño y considerarte afortunado o no, no sé, me parece que es bastante personal.

–Sin embargo yo creo que se debe poder ser medianamente objetivo al respecto, no sé, como fijar una escala de valores, ¿o no?

–Sí, bueno, igual no sé cómo sería. Por ejemplo... ¿Para vos Van Gogh la pegó? O no sé, Sylvia Plath que te gusta tanto, ¿la pegó para vos? ¿Pegarla después de muerto es pegarla? Porque esa gente era profundamente infeliz, boludo, profundamente, y yo no veo, por suerte no veo que vos estés tomando ese camino.

–No, pero por ejemplo Fassbinder...

–Ahhh bueno, che... Pol, no es por tirarte mala onda,

pero si hay alguien al que no te parecés es a Fassbinder, y no porque crea que no sos talentoso, ¿eh?, sino porque en todo caso vas a ser un director de cine absolutamente obsesivo y sanito, no sé, Fassbinder era un reventado, boludo, vivía como en sus películas, no te podés comparar.

–Ya sé eso, no es eso, lo que te quería decir es que no sé, es que él es de esa gente que nació para hacer lo que hace, ¿viste? Como que no podría haber hecho otra cosa que lo que hizo, no podría no hacerlo, como que no puede parar de filmar, hace un montón de películas por año y cuando dio todo, se muere, joven, obvio, y destrozado, porque se exprimió, se gastó, no sé... Dio todo y la quedó... Un tipo así no puede ser viejo, no le queda envejecer. O como ese documental sobre Kinski, que Herzog cuenta que para cuando filmaron *Cobra Verde,* Kinski ya se había extinguido... La imagen es ésa, como de una luz que se extingue, que no da más, que se secó.

–¿Y ellos la pegaron?

–Y sí, Ina, ellos la pegaron...

–Bueno, boludo, pero ¿a qué precio? Yo no digo que no, igual yo creo que ellos no podrían haber hecho otra cosa, no sé, esos genios vienen al mundo con la mochila de su genio, dan todo y se van... No sé, es una vida rara... A mí me parece que vos no sos ese modelo ni en pedo, ésa es más bien la figura del genio loco, no sé, esos tipos tenían un grado de locura que nosotros no podríamos tener ni aunque nos lo propusiéramos... Lamentablemente somos mucho más chatos que eso, no sé, creo que nos tocó una vida más pequeña o por ahí no, por ahí no pequeña, pero más ordenada sin duda, eso seguro.

–...

–Bah, no sé, podrías llegar a ser un Herzog, ahora que

lo pienso... El tipo es un loco obsesivo, no sé, como un loco intro...

–Sí, bueno, no sé, igual no es ese el tema, sería más bien como que no sé, vos por ejemplo, ¿no pensás que todo el mundo quiere destacarse en lo que hace, sea lo que sea, no sé, sobresalir?

–Ehh, sí, no sé, supongo que sí, no sé si todos, pero sí puede ser, que querés ser bueno en lo que hacés sin duda, a menos que te propongas lo contrario o que tengas muy en claro que no te importa.

–Sí, pero es innegable que todo el mundo, en mayor o menor medida quiere trascender, no sé, aunque te dediques a tener hijos, que es otro modo de trascender.

–Claro, pero eso es algo así como trascender en vida, ¿o no? Hay muchas formas de éxito o de reconocimiento que también... Pero después está siempre la posibilidad de que te mueras infeliz o no sé si infeliz, pero sin saber lo que produjiste, o lo que significó tu obra y eso ¿es pegarla?

–No sé, igual me parece que el problema es pensar en trascender; si pensás en pegarla no la pegás seguro, ¿no?

–Sí, no sé, igual los grandes genios casi siempre se proclaman grandes genios, o tienen como una hiperconsciencia, o tal vez es sólo el ego, no sé, pero como que casi siempre saben que son genios, o se sienten genios.

–Sí, puede ser, pero te podés sentir genio y pasarla muy mal también.

–Sí, bueno, eso es lo que digo, no sé hasta qué punto la pasaban bomba Van Gogh o Fassbinder.

–Creo que Fassbinder la pasó un poco bien...

–Puede ser, un poco bien la tiene que haber pasado con toda esa gente alrededor... ¿no?

–Y sí... la verdad que sí.

–Bueno, no, pero lo que no termino de entender es, no sé, ¿por qué te preguntás estas cosas? ¿No es más como que uno tiene que hacer y si después encima la pegás, mejor todavía? ¿O pegarla es algo que uno se tiene que proponer? No sé, ¿es eso lo que te preguntás? ¿Si te tendrías que proponer pegarla?

–No, creo que no es eso... Más bien creo que me pregunto si la pegaré, es algo más como eso, es más bien incertidumbre... Creo que me pregunto si esto que estoy haciendo me llevará a pegarla o no, si por ahí voy a ser como un trabajador del cine, no sé, o ni siquiera.

–Bueno, pero ¿no te pasa que igual no podrías dejar de hacer lo que hacés? ¿Como que no podrías no hacerlo? Con lo cual ya tendrías una pequeña garantía, porque estás seguro que vas a seguir filmando, sea como sea.

–...

–...

–Mmm no, no sé si me pasa eso... No sé, ¿me tendría que pasar?

Un gran pino

Ahora me gusta que camine a mi lado ahorcándome con el brazo, como si me forzara justamente a eso, a caminar junto a él y también me gusta que mi blusa todavía tenga su olor.

Pensar en que de repente puedo estar sola porque esencialmente ya no lo estoy y que eso mismo empiece a atomizarme. Pensar mucho en la muerte: cuatro palomas muertas y mucha mucha muerte en la mente. Mirar cuerpos semidesnudos y ver la muerte en ellos, o el deterioro que no es otra cosa que muerte en progreso, en acción y nombrar la ancianidad una vez más y reírse porque uno no puede evitar hacerlo, "se comió un papel" repito y me río al recordar que me contaron que Greta se comió el individual de su bandeja de geriátrico, reír al recordar que me contaron que ahora tiene guardia las veinticuatro horas porque la sorprendieron al querer comerse el papel o intentar mandarse el pedazo de carne entero con las manos o arrancarse el suero de la muñeca pensando que es un reloj. Ja, una abuela bribona.

Soñar que desde mi cama puedo ver un pino asomarse por la puerta, un pino grande moviéndose en el viento y haciendo ese ruido, ese shhh intermitente, como el de las casuarinas de las estaciones de tren. La casa se agranda y hay más cuartos y tienen ventanas y son muy lindos, mucho

más lindos, con mucha madera, mucha luz y colchones en el piso y yo estoy con Pablo en una cama marinera, miramos el pino y tener vértigo, mucho vértigo.

Índice

¿Vos me querés a mí? _9
El vómito de tu gato _15
Hospital Alemán _20
Pareciera que el lunes _27
No da _31
Sábado de sol _36
El indicado _38
Die Stille nach dem Schuss _44
Allá (es la misma mierda) _47
Querer tener _52
Las ganas de ser pibe _54
Un gran mercado _61
Pensando en hacer algo artístico _62
Que la muerte envuelta en vinilo _65
Voy con mi padre _67
Como morirte en un aeropuerto _70
Miedo al alelamiento _77
Más bien omitir _80
(La) Mujer velada _84
La muerte es una opción que me tranquiliza _87
Colchonetas sudadas _92
Ser Emilio Disi o la mayor cantidad de gente posible _95
Alevosamente estafada _99
De Hansel y Gretel _103
Y el que queda sufre _110
Brian, Benito o Bobby _113
Tu deseo y todo eso _116
Pegarla es pegarla _120
Un gran pino _124